Erick Tomasino



# LA LLAGA DESNUDA

THC
EDITORES

Título: La llaga desnuda.
Autor: Erick Tomasino.
http://barreraerick.blogspot.com
Prólogo: Rebeca Henríquez.
Edición: Luis Borja.
Fotografía de contraportada: Ilaria Tostello
Diagramación: Leonel Ladino Solito
Primera edición: THC Editores
San Salvador, El Salvador. Marzo de 2014.

Erick Tomasino

# LA LLAGA DESNUDA

## **“Es absurdo sentirse solo…”**

La angustia de la soledad es la esencia de este bestiario de apegos fallidos. Esa trama recurrente y maltratada en la literatura es abordada por Erick Tomasino con apreciable honestidad, y con una perfección retórica que linda con el descaro.

El lenguaje en sus relatos es familiar. Utiliza de forma muy natural el recurso de la ironía, el sarcasmo y el humor. Logra que la poesía inmersa en ellos aparezca como una delicada muestra de la contradicción humana: ternura-aversión, entusiasmo-desaliento, tristeza-alegría. Además, brinda un matiz de incertidumbre a esa lucha subrepticia en contra de la melancolía a través de una excesiva búsqueda de aventuras y recreación de los encuentros sexuales fugaces.

La lectura se vuelve inquietante y adictiva cuando, desde un principio, el autor despliega el puente levadizo de la empatía y hace que nos sintamos amistados con los anhelos, los vicios y las frustraciones emocionales del protagonista.

El personaje que narra sus desventuras es un joven solitario y alcohólico radicado en una zona bohemia de la urbe donde, a un bar, suelen llegar personas a beber para entablar vínculos efímeros. Su “fuga geográfica” lo ha llevado hasta ahí, sin embargo, es asediado constantemente, y de forma enfermiza,

por "Ella", una mujer apenas descrita y a la cual ama. Él es víctima de sus caprichos. "Ella" es la única innombrable. Luego, aparecen otras mujeres que van dejando su huella: Carol como la más prometedora.

Sus reflexiones son mordaces: "hay quienes se adueñan del mundo para después cobrárnoslo", asegura en Desde esta posición.

Sus preocupaciones son triviales como la vida misma complicada por la ansiedad de consumar un "amor eterno", por ejemplo, en el relato Hasta mañana nos dice: "uno no puede tener todo lo que desea y me voy dando cuenta que tampoco tengo un tatuaje".

Suele reconocerse a partir de las particularidades colectivas como un ser crítico y al borde del valeverguismo: "Al final en este país lo que mejor tenemos es una mala memoria. Yo no soy la excepción" fragmento de Hasta mañana.

Si bien, el drama está inmerso en el devenir narrativo no es del todo teatral, como se puede constatar en el relato Eran apenas las ocho en donde la ruptura de un vínculo emocional, que generaba más incertidumbre que dicha, es un hecho simple y cotidiano.

Erick Tomasino tiene la habilidad de deslizarse de lo cursi a lo perspicaz con espontaneidad, como nos demuestra en estos dos fragmentos: "no era nada grave sólo una nostalgia, que sí podría ser grave aunque

no lleve tilde" de Justo ayer te recordaba; "quizás el hecho de ser vulgar es una cuestión de moda. Sin embargo, nadie sabe quién inventa las modas como para reclamarle seriamente, esta súbita preocupación por no ser vulgar" de Hay algo extraño que me impide ser vulgar.

Otro elemento que merece ser advertido es la fuerte composición del libro. Todos los relatos son concisos y cargados de un erotismo y un ingenio muy peculiar que hilvanados por la melancolía producen un efecto de unidad e intimidad.

La llaga desnuda es un arquetipo preciso de todos los extravíos y pretensiones de los jóvenes desencantados que enfrentamos la crisis filosófica de un mundo cada vez menos humano.

Rebeca Henríquez

San Salvador, enero de 2014

## Sexocomunismo

En 1961, el Senador Keneth Keathing de Nueva York anotó en el Congressional Regional las siguientes conclusiones sobre los efectos de libros y revistas de contenido pornográfico:

“Una peste negra más devastadora que la que asoló Europa en la Edad Media empieza a invadir nuestra patria. Sus víctimas principales son los niños y adolescentes, aunque también destruye a los adultos... Las personas más interesadas en el tema expresan que ningún acto subversivo planeado por alguna conspiración comunista podría poner en mayor peligro la estructura y los cimientos morales del país, que la pornografía. No descartamos la posibilidad que parte del material que se vende actualmente sea de inspiración comunista, y es irónico que los rojos no tengan que esforzarse mucho en esto. Los ayudan miles de estadounidenses amorales, ávidos de dinero; muchos de ellos hasta se proclaman defensores de sus derechos constitucionales que les permitan satisfacer sus pasiones más bajas propiciando con ello la perversión y depravación” (29 de mayo de 1961).

Enciclopedia de psicología educativa. Tomo 2. Oxford University Press-Harla. 1997. p 369.

-Sé que es absurdo sentirse solo en una ciudad cuya densidad de poblacion es de 1,768 habitantes por kilómetro cuadrado.-

## ADVERTENCIA

1. Esto no es una autobiografía.

2. El lenguaje utilizado en este texto, es de exclusiva responsabilidad de sus personajes.

3. Es probable que este libro, no sea el mejor que lea en su vida.

## Cuando quedé solo

Después de varios días de intentar olvidarla -situación que nunca he conseguido hasta la fecha- traté de visitar siempre a la misma hora, el bar donde solíamos encontrarnos. Con una esperanza extrañamente religiosa en mí, me sentaba en la misma mesa con la fuerza de encontrarla ahí mismo como si nunca se hubiese ido. Yo nunca he sido un tipo aferrado a los recuerdos, al menos no era consciente hasta este momento que veo por el único ojo que me queda abierto, por eso me siento extraño. No era nuevo ir a beber solo, pues frecuentemente intentaba alejarme de las malas compañías, pero esta vez creo que algo me obligó.

Obviamente, después de varios intentos frustrados ella nunca llegaría, estaba demasiado lejos de mí y yo de ella como para que pudiéramos encontrarnos, además, este anhelo solo permanecía en mi cabeza. Sentía que me estaba volviendo loco. Lo peor era que pensaba de nuevo ir al psicólogo y creo eso me angustiaba más. Frecuentemente evitaba las malas compañías.

Un día decidí no volver al bar. En un principio decidí no beber más, pero tampoco quería llegar a los extremos. Me hice amigo de la señora de la tienda, que me vendía a buen precio la cerveza y cuando no había mucho dinero, volvía al güaro barato, que así se le llama al vodka, mi viejo amigo desde la adolescencia.

Pero tampoco me satisfacía. Trataba de escribir pero sentía que no valía la pena. Como la vez que ella me entusiasmó para participar en un concurso de poesía y cuando le mandé lo que había escrito ni siquiera lo leyó. Entonces escribir me parecía la cosa más idiota que un hombre como yo pudiera hacer. Al amanecer estaba tirado en el sofá, desnudo y abrazado a una botella vacía, con el computador encendido sin haber escrito ni una sola palabra.

Por fin tomé la decisión de no beber más ni una sola gota de alcohol. Traté de dormir temprano. Intenté leer algo que pudiera volverme a mis ideas de escritor, pero entre más leía más me sentía frustrado. Sentía que ya todo estaba dicho y en consecuencia lo mío era un juego para sentirme interesante. Mis viejos autores estaban muertos y en sus escritos parecía que me dejaban un mensaje. "Eres un comemierda, nosotros ya lo dijimos todo". Los puteaba en voz alta, cerraba los libros, no los podía ni ver, había perdido la confianza en ellos.

Cierta noche decidí dormir. Extrañamente sentía escalofríos y a pesar que el sueño me invadía fuertemente no conseguía conciliar el sueño. Decidí ver la tele, no sin antes hacer un ejercicio de memoria, pues hacía años que no encendía una televisión. Puse cualquier canal, encontré por fin algo más o menos decente para ver y me quedé recostado sobre el sofá. Me estaba quedando dormido, pero los escalofríos me eran sensibles en la medida que se hacía más noche.

Terminó la película y decidí dormir.

Por fin creo que me quedé dormido y comencé a soñar. Alguien llegó en la noche y me abrazaba, no reconocía quien era, pero su abrazo no era cariñoso ni fraternal, a tal punto que sentía que me asfixiaba y me cortaba la respiración, trataba de soltarme y de gritar por ayuda, pero no lo conseguía. El apretón me cortaba la respiración y me ahogaba, entre más esfuerzo hacia menos conseguía expresar ni un solo sonido, me revolcaba y con las extremidades menos sujetas trataba de golpear a fin de emitir cualquier ruido como si eso hiciera que las cucarachas de la cocina se volvieran héroes que me llegaran a salvar.

Repentinamente el espectro o fuese lo que fuese me soltaba, y lograba emitir gemidos para recordarme que aún seguía con vida. De ahí que traté que el miedo no me venciera, pero al buscar una explicación los escalofríos volvían y me recorrían toda la piel. Vaya que de sólo de recordarlo siento pánico.

Tuve varias noches sin poder dormir aunque me cagara del sueño. A veces llamé a alguien para que me hiciera compañía, pero no sirvió de nada. La gente duerme profundamente mientras yo quedo atemorizado por la posibilidad de quedar muerto. Sólo temo a dos cosas, morir y envejecer. Para mí no es fácil decidirme por una de ellas.

Mientras estoy acostado recuerdo pequeños episodios que me trajeron hasta aquí, hace un cierto escalofrío. Debí aprender a narrar los hechos como mis grandes autores. Pero ellos ya están muertos.

## Volveré

Después del último polvo cae la noche. Estoy en el balcón de mi casa y de cara a la pared adivinando quien pasa e intenta saludar. No les veo. No sé si me ven. Quizá nadie me conoce. La aturdida ciudad atrapa todo sonido y luz, la ciudad es un hoyo negro. Oculta todo grito, todas las voces suenan a clacson y ruido de motores. Voces roncas que derraman accidentes en los semáforos. La gente durante el día baila como zombis acribillados por el sol. Yo juego a las escondidas. He decidido permanecer en este encierro voluntario y tengo una explicación convincente.

Por las tardes camino a solas como por una cuerda floja y pienso que si alguien caminara a la par mía lo haría en el vacío. Es un hilo sereno que me lleva de casa al trabajo y viceversa, no hay lugar para los atajos ni para las distracciones. Todos los días el mismo cable sujeto de una punta por mis lagañas y por la otra por mi espíritu carcomido por el trabajo. Por eso la ciudad está llena de cables. Lo he notado ésta tarde. Es un tendedero de penas que se entrecruzan pero que no se saludan.

A veces salgo a dar un paseo y cuando vuelvo, el camino a casa está desvanecido. ¿O es la casa? Hay muchos manuscritos que me saludan y les hago un sutil pestañeo para que me sigan. No tienen ganas hoy.

Están muy ocupados. Hay mucho de mi pasado escrito a grafito. Por ser biografía puede borrarse con cualquier goma si yo así lo deseo. Compro una botella de vodka para cenar. Esta noche intentaré dormir temprano.

Camino sobre el asfalto desde que me prohíben subir a los edificios; quizá tienen miedo que intente escapar de ellos. No se puede brindar deseándoles salud a los azulejos. No se puede fumar otra cosa que los suspiros de los automóviles y respiro CO2 como quien canta sueños a las muchachas. No se puede. No sé. No.

El trago está servido y aprovecho a conversar conmigo: no sé por qué, pero hoy derramé una lágrima y canté una canción. Hoy no hice otra cosa más que protestar en silencio y maldecir a quien no me escuchará nunca porque simplemente no existe. Blasfemando nuevamente. No, sólo reafirmándome. ¡Salud!

Y en cada paso y cada sombra, cae de lo más normal la noche; esa, que con sus enconadas estrellas, me hace huir en un profundo sueño que jamás he podido recordar, Ella –de quien no diré su nombre- se aparece y me vuelve a sonreír. Yo le ignoro, siempre hace lo mismo cuando necesita algo de mí. Ya se lo he dado todo, ¿por qué me sigue buscando? ¿Qué más quiere? Hace una señal para que guarde silencio y me arrulla. El miedo a seguirla queriendo me empuja hacia fuera de casa. Necesito volver a mí. Es nuevamente de madrugada.

Camino por las mismas calles desde hace dos años, esta vez he cruzado hacia la izquierda, de reojo consigo ver el mismo puesto de reparación de llantas sin un solo cliente. Al otro lado el bar "El Vellocino de Oro" con su conejito de revista para adultos. La fundación de la dama rica para niños pobres. El puesto de pan dulce y el hotel con nombre de país suramericano. Todo en su lugar. Todo como si transitara sobre una fotografía que bien podría borrarse con cualquier escupitajo con sabor a resaca.

Anteriormente viajaba todos los días desde otra ciudad a esta. Recuerdo aquella ruta de autobuses con sus binomios y sus ceros. Clase "A", asientos reclinables, televisión a color, aire acondicionado, asientos ergonómicos. Ventanas rotas. Música de cualquier grupo mexicano de chupadero de mala muerte. "SOLO DIOS SABE SI VOLVERÉ" intentaba presagiarme la etiqueta del retrovisor. La comodidad dependía de llevar dos monedas más en los bolsillos, de negar al viejo de la mandolina cantando canciones a dios y a sus miserias, o de la vieja con el niño de múltiples operaciones; de eso depende llegar cinco minutos antes al trabajo o a la casa, de eso depende decidir mudarse a esta ciudad para evitar los autobuses y torear a la muerte.

El viaje siempre requería un buen libro de compañía el cual nunca se podía leer debido a una hora de ofertas

de plátanos, yuca, chicharra, agua, gaseosa y jugos; dulces, maní y chicles; drogadictos y alcohólicos arrepentidos con sus biblias sudadas. Remedios para la tos, hongos, parásitos, estrés y contra la crisis; bocinas, tráfico, humo.

Transitar somnoliento todo el camino y despertar a dos cuadras de la parada elegida con aliento a mierda y a combustible. El trabajo esperando devorarme y yo esperando la tarde para huir de el.

Llegaba a esa pequeña ciudad nuevamente. Mi refugio para calmar mi silencio. Queriendo ser gregario. Viejas caras, nuevas condiciones. Cuando me mudé a la caótica capital no había aquí ni un solo recuerdo, ni una sola palabra. Como si todo hubiera existido sólo en mi cabeza. Así fue siempre, así tenía que ser el final. Y aun en aquella ciudad morena de mugres y muchachas tímidas buscaba su rostro, sus manos que aún estaban para sanarme, sus brazos que en medio del coito querían apresarme. Y me cuestionaba diariamente: “SOLODIOSSABE SIVOLVERÉ”.

## Días de viento

No hace mucho tiempo tuve un trabajo en una oficina, era un trabajo serio, del cual uno podía sentirse orgulloso. De esos en los cuales siempre tenés que llegar y salir a la misma hora, comer y cagar siempre a la misma hora y por el mismo periodo de tiempo. Un trabajo con un escritorio y una computadora, hojas de papel y una taza con mi nombre, donde tomaba café cada media hora. Era un trabajo serio y aburrido que si no fuera por el salario me habría fastidiado de verme ahí. Al menos el salario me permitía pagarme las sesiones con el psicólogo, una noche de tragos en los night club no de tan mala muerte (el Vellocino de Oro era mi favorito); usar la tarjeta del seguro social para que me rechazaran las pocas emergencias que tuve por intoxicación etílica.

Era un día de intensa desolación, llovía o no, no lo recuerdo, que mi compañera de trabajo me interrumpía cada cinco segundos para recordarme lo mediocre que era por abandonar la universidad. Mientras, buscaba entre esos cuatro segundos restantes un correo con ojos vivaces desde mi lado de la computadora. A pesar que pasaba todo el día haciendo el papel de que trabaja, en verdad me mantenía pendiente de que Ella por fin me hubiese respondido los nosecuantosmil correos que le enviaba a diario.

Ese día, las palabras de mi compañera me molestaban aun más puesto que la noche anterior bebí hasta abandonarme. La chica de la barra paró de bailar y me quedé ebrio de mí. Suele pasarme. Entonces mi cabeza rodó sobre una almohada buscando unos ojos fugaces desde ese lado de la cama. No es necesario mencionar ni recordar que Ella no está a mi lado.

Entonces cómo me martillaba en la cabeza el sonido de las teclas, mientras comencé a escribir esto que, si hubiera hecho caso a mamá, podría parecerse a un poema. Mientras llevaba varias tazas de café encima de mi úlcera (apenas eran como las 10:59 de la mañana y me venía el sueño), sólo pensaba en cómo me gustaría beber un fresco de horchata con hielo.

Más tarde buscaba volver a una casa que por ratos me deprime. Miraba su foto sonriendo como si en verdad estuviera ahí. Su suéter y los peces que me hizo llevar a casa como si en verdad estaría ahí. Me sentaba en el colchón que ha perdido su aroma y me acordaba de mi compañera de trabajo diciendo cada cinco segundos lo mediocre que soy. Y en silencio quizá le daba la razón.

Ya no fumaré de sus labios me anunciaba un poema escrito por mi mano.

## Las personas y las letras

No era fácil convivir con Claudia todos los días en la oficina. Había que tener demasiada fuerza de voluntad para resistirse a besarla cada vez que se acercaba para preguntar algo. Quizá como nunca he sido un tipo fuerte, jamás conseguí siquiera tener el ímpetu para robarle un beso. Me incomodaba verla ahí tan cerca, tan hermosa, recogiendo sutilmente su cabello con esos dedos ávidos de pasión y sonriéndole a la pantalla de su computadora. Me daban ganas de tener el rostro de una pantalla LCD para tener contacto con sus ojos. Ella sonreía, a veces hasta se sonrojaba, miraba eventualmente a su alrededor para cerciorarse que nadie la sorprendiera. Mordía sus labios. Volvía a sonreír. Supongo que nunca se percató que yo la observaba.

Un día por fin, me decidí a abordarla. Necesitaba saber qué pasaba en su cabeza. Qué idea tenía de mí –si es que había alguna- Si por algún azar de la vida, por un milagro, o por simple caridad, ella podría aceptar salir conmigo. Aproveché mientras estábamos solos en la oficina, cerré la puerta con fuerza con un poco de ruido para que notara mi presencia, ella vio un poco sorprendida y volvió a lo suyo, a la computadora, a digitar con esos dedos candentes, las teclas que la comunicaban con un más allá presumiblemente más agradable que la realidad que la circundaba. Acerqué una silla, la puse al lado de ella y desconecté su computadora.

¿Qué te pasa? me dijo. Es momento de que hablemos, le respondí. Está bien, dijo tranquilamente como si mi acción no hubiese significado nada en absoluto.

Sin más preámbulo le dije todo lo que me provocaba al verla cada día, que no soportaba ni un segundo más esa agonía de tenerla tan cerca y no poder expresarle todo mi amor.

Lo tuyo no es amor -dijo tajante-.

Bueno, no importa como se llame, pero no soporto mas vivir sintiendo esto que estoy sintiendo que según vos no es amor.

Estás loco, a mí ni siquiera se me ha cruzado por la mente tener algo con vos.

No te preocupés yo ya lo he pensado demasiado… y como no tenía ninguna explicación, abruptamente tomé su rostro y la besé. Con toda serenidad, ella solo acertó a decir:

Tonto, que no vez que alguien podría entrar y sorprendernos.

La puerta está cerrada, le dije, así que podemos reservarnos el derecho de admisión.

Mirá, no quiero hacerte sentir mal, no es que no me gustés, pero pienso que lo tuyo es una atracción meramente sexual y yo creo que el sexo sin amor no es bueno.

Esta chica se volvió moralista, pensé. Suele pasarme que las chicas que se suponen más liberales, cuando les expreso mis intenciones, terminan hablándome de dios, la religión, los siete pecados capitales y del sexo sólo con amor, que si no es pecado.

No te preocupés, que si para eso yo traigo suficiente amor ahora conmigo, esta vez yo lo pongo y la próxima vos lo pagás. No lo tomó muy en gracia y me negó tres veces.

“No es fácil. Ni siquiera me has dado señales como para que intente fijarme en vos”. Bueno, no sé qué podría hacer, si el amor tiene sus secretos, deben estar tan bien escondidos que yo nunca los he encontrado. “Tampoco lo sé; pero por ejemplo hay un chico que me escribe unas cartas muy hermosas, siento que ese es bonito detalle”.

Yo también escribo, por si no lo sabés. Siempre he pensado que las personas se enamoran más de lo que escribo que de quien soy. Si te contara de los muchos comentarios al respecto, por ejemplo me dicen: “oh, me enamoré de tu último poema; la novela que escribiste realmente me sedujo” y una infinidad de mierdas así. Creo que por eso me volví un activo militante en favor del matrimonio entre las personas y las letras. Pero creo que algo cambia dependiendo de quién las exprese. Recuerdo cuando mis amigos me pedían que les escribiera las cartas a las chicas

que les gustaban, bastaba que me contaran un poco la historia y yo desarrollaba ingeniosas líneas que luego se convertían en cartas de amor; al poco tiempo nacía una nueva pareja, me daba un poco de gracia pensar que las pobres en el fondo se enamoraban de mí, claro, nunca se sabía la verdad, eso habría sido terrible para el negocio; cuando eventualmente yo escribía una carta con similar contenido para alguna chica por quien sentía un profundo sentimiento, eso no funcionaba igual, entonces pensaba que había algo más que las puras palabras. Incluso si sabían que yo escribía muy bien, las chicas terminaban expresando ese profundo y soso amor por mis palabras y no por mí.

Pero vos nunca me escribiste nada -balbuceó como reclamando- Además este chico me ha invitado a viajar a otro país, eso me pareció un bellísimo gesto de su parte.

Si no lo recordás yo también te he invitado a visitar otro país.

No seás idiota -dijo efusivamente- El me ha invitado a recorrer Italia y vos querías hacer una excursión a El Salvador.

Yo soy así como más exótico -traté de defenderme-. Pero si yo te hubiese escrito, ¿eso habría cambiado en algo?

No lo sé, no es fácil expresar con palabras los sentimientos, pero lo hubieses intentado.

Pero habrías terminado enamorándote de lo que hubiese escrito, daba igual si te regalaba un libro.

Tampoco lo sé y además ya no quiero hablar sobre esto, creo que te he dado tiempo suficiente y no me harás cambiar de idea.

Entiendo, a pesar que me duele.

Me agrada que seás tan comprensivo, dijo y sonrió dulcemente.

Me sentía un tipo que por enésima vez, el rechazo me había hecho madurar. Había escalado un peldaño más como persona –gráficamente ya hasta perdí la cuenta de los escalones que he subido-.

En ese momento de extrema franqueza, descubrí que mi vida no era tan importante como me lo imaginaba.

## Sólo un detalle

Antes suponía que me había mudado a esta ciudad para estar cerca de mi trabajo. Pero en verdad decidí mudarme a esta ciudad huyendo de Ella, es decir de todo aquel ambiente que me hacía recordarla. Las callecitas tristes y descoloridas, poco transitadas. La gente que siempre saluda al encontrarse aunque se encuentren poco. Las únicas tienditas donde en verdad valía la pena tomarse una cerveza. Aquella calma de pueblo aburrido que le hacía sentirse sucursal del cielo.

Desde esa decisión, me vine a esta ciudad que pretendí me mostraría cosas nuevas. Típico pensamiento de pueblerino pobre que quiere vivir en la gran urbe, una gran plasta de mierda llena de humo e indiferencia. No me costó mucho adaptarme a esta vida llena de desadaptados y desaprobación.

Esa tarde que mi compañera de trabajo se revolcaba de excitación por sentirse exitosa comparada a mi fracaso, decidí salir antes de la hora de mi trabajo. Los demás compañeros me miraban con inquietud o envidia por mi ímpetu, que en verdad era algo así como un capricho excéntrico poco comedido y menos consciente de lo que parecía.

Cuando volví a casa todo giraba al compás del reloj. Sonó el teléfono y era su voz -la que había estado tantos

días ausente- en son de reclamo por mis tantos días ausente. “No podrás deshacerte de mí tan fácilmente” me dijo con una mezcla de amenaza y deseo.

Quedamos de vernos el siguiente día. Nos encontramos y nos besamos como si todo lo anterior no hubiera pasado. Seguimos con una conversación más que convencional, con los típicos ¿cómo estás?, ¿qué has hecho? y un tedioso bla, bla, bla. Luego devino un enorme silencio como si las palabras hubieran huido del caos o hacia el.

Mi problema es que te amo, le solté. Ella me miró de forma serena. “Vamos a tomar un café” dijo sin una sola expresión en el rostro. Caminamos por las mismas calles de siempre, solo que esta vez un murmullo de lluvia suspiraba por la tarde. Llegamos a la cafetería -la misma a la que yo iba siempre- ordenamos.

Para no variar yo pedí café negro y sin azúcar, ella una bebida carbonatada con mucho hielo. Estábamos de nuevo en silencio cuando sonó su teléfono celular; ahí se dibujó una bella sonrisa en su rostro. La bella sonrisa que no veía en mucho tiempo.

Quien hablaba era uno de sus ex novios llamando desde algún lugar de la penumbra. Mientras, yo leía un poema de Prévert. Al terminar me confesó que quería volver con él, que esa era una de las razones por las

cuales dejaría de verme. No sin antes hacerme todo un decálogo de cómo debería mejorar mi personalidad. Un memorándum de todos los errores que supuestamente cometí y un ultimátum que me supo a plomo intravenoso en dosis exportables a China.

Desde aquella tarde nada fue igual. Tomé mis pocas cosas y me mudé del todo de ciudad en una especie de negación de la realidad, esa que por no estar preparado duele, hiere y a veces huele a estancada. Antes de que amaneciera con un pedazo menos de mí, inicié un recorrido del cual hasta hoy, me ha sido ajeno el destino.

Días después de mi estancia acá, las calles se volvieron distintas, a veces me sonreían y me ofrecían sueños, sonrisas como poemas, miradas con duda y me sentí alguien nuevo, un poco diferente a mí. De hecho era otro, otro más, otro más en la gran ciudad madre del caos. Un poco parecido a lo que quería. Sí, nunca estoy conforme, por eso sigo caminando “al lado del camino” pero en calles donde siempre se tropieza y se sigue caminando mientras se sacuden las heridas...

Comenzaron a aparecer personas que compartían sus cuentos, a veces de dolor, a veces con aliento a alcohol, a veces con sangre en los labios, en el pecho y en los sueños. Así está la metrópoli, llena de sombras en busca de luz con miedo a desaparecer.

Cada día pensaba que mañana encontraría una nueva historia. Es viernes y los versos andan bailando a mi lado. Quizá alguna mujer me lleve a conocer el alba, o de nuevo despierte buscando una sombra debajo de la almohada preguntando qué pasará después de verme al espejo. De rescatarme de mi angustia y de mi tristeza. Estoy incomprensible. No me culpen. Es el uso común en estos días de viento y melancolía.

Los días transcurrían entre la monotonía y la sorpresa. Nada cambiaba en la ciudad que todo lo vuelve persecución. Hasta caminar por las calles con los pelos destejidos en días de viento me volvía un sospechoso, un potencial delincuente que quería arrebatar las pertenencias de otros que querían arrebatarme lo poco que quedaba de mí.

Así, un día me encontré a una chica en uno de esos autobuses que si bien no matan, suelen recordarme a la muerte o pintármela de manera dolorosa. Preguntó acerca de una dirección y rápidamente deduje que tampoco era de esta ciudad; en todo el trayecto me comentó de forma resumida la historia de su vida cargada de sufrimiento y pena. Me conmoví y la invité a una cerveza.

Llegamos a un bar y continuamos la conversación, luego pasamos al área de los secretos y mientras las

cervezas desfilaban imparables sobre nuestra mesa, nos comenzamos a tomar las manos y cada vez que era posible a besarnos en cada broma, como un código para asentir que nos identificábamos. Minutos después no conseguí ocultar mis deseos y la invité a mi casa. En tiempo récord estábamos sobre el colchón haciendo de la ropa un desperdicio, besándonos lascivamente mientras la sangre intentaba cubrir hasta lo más recóndito de nuestras cavidades.

Estábamos en eso cuando por encima del techo me apareció ese rostro que durante las últimas semanas me atormenta, se reía de mí y su mirada me convocaba de nuevo a la muerte, a esa que le temo cada día, cada minuto. Y estoy seguro que no había fumado nada extraño.

Aparté a la chica abruptamente, ella no entendía nada de lo que pasaba. Como para no hacerla sentir mal le mentí: “es que soy gay y mi novio puede venir en cualquier momento”. Inmediatamente se puso sus ropas y salió con un tono de vergüenza y resentimiento. La figura de mi fantasma reía aún con más euforia. Sabe que me tiene bajo su control. Y estoy sujeto a su voluntad.

Desde ese episodio el recuerdo no me permite salir de mi habitación a menos que sea para las cosas básicas o para ir a emborracharme. Lo malo es que me tienta

a buscar chicas en los bares para luego, a mitad de la noche,  interrumpirme con su dulce sonrisa “tu est seulement à moi”. Ya nadie me llama ni me escribe. Creo se olvidaron de mí. El mundo entero teme a la muerte. Yo sólo soy su prisionero.

## Desde esta posición

La vida siempre me entrega una flor de esperanza para el pasado y no sabe como sonreír en el presente. Me recuerda a una amiga que no pudo soportar la soledad. Por eso se la pasa fumando besos de corta vigencia para no sentirse culpable de un antes que la persigue hasta a la hora de dormir. Lo sé ahora mientras su silueta se desnuda a contraluz. Mientras Ella también me persigue aunque trate de cerrar las ventanas.

A esta amiga la conocí en el Vellocino de Oro que se volvió mi lugar de escape preferido. Me agradó desde el principio pues ahí sentados, ella semi-desnuda en el sofá y sin palabras de amor, me pedía que le pagara una cerveza y me prometía compañía hasta el final de mi billetera; en nada se parecía a la gente de mi vecindario. Sabía respetar mi pobreza y sin más palabras me dejaba solo, largándose en busca de otro mendigo como yo. Nunca escuché reclamos por eso.

Esa noche sufrió mis quejas como si ella fuera el mundo. Le dije que el problema aquí no es la pobreza, es que hay quienes se adueñan del mundo para después cobrárnoslo. Eso me hace divagar que -sin pretensiones postmodernas- sería un beatnik marxista. Ella reía como para parecer interesante ante mí.

“Te sentís solo” me dice siguiendo por un segundo los que era un monólogo. Ya volverán los días en que nos metan en fosas comunes por hablar estos temas; entonces nos daremos cuenta que siempre tuvimos alguien a la par. Esta chica me agrada más que los snobs que me persiguen por todos lados, con su música feliz y su vacío en el alma. Mañana cambiarán la música y cambiarán su ropa y sus sonrisas. Hasta sus drogas cambiarán. Son los requisitos de estar a la moda. Yo prefiero quejarme siempre de todo. Y pensar a solas en esta esquina de la luz tenue.

Al recordar esto deseo que mañana cuando me despierte la resaca, si es que despierto, me estaré arrepintiendo otra vez. Sin embargo, como casi todas las noches desde que llegué a esta ciudad, volveré.

## Hasta mañana

Subo a mi habitación y comienzo a escribir una carta. Siempre me gustó escribir cartas, me ganaba la vida escribiendo las cartas de mis amigos para sus novias. Y –como ya lo he dicho- ellas se enamoraban más por eso. Nunca supieron que en realidad se enamoraban de mí. Total, tampoco vale la pena recordar eso. Comienzo a escribir sin ser consciente del destinatario.

“Apago la luz y olvido desenmarañar mis noches. Esta tarde al alejarte dejaste tirado el recuerdo que pensé te había bordado en el pecho o en la cabeza o en el pequeño dedo con que hurgas tu nariz luego de fumarte un porro.

Ya me lo imaginaba. Ni cuenta te diste que aquella tarde luego de nuestro último café, de regreso a casa quise lanzarme desde el taxi y besar el pavimento. Ya mis labios solamente sabían al concreto que alfombra este pedazo de país que todo lo niega.

Y al final no todo fue tan malo, me consuelo entre las sombras y este ruido agudo que rodea mis elucubraciones me lo secunda. Al final sentir dolor es humano, sentirse triste también lo es. Según dicen eso me hace ser mejor persona y creo que aún lo soy. Aunque el reflejo de la noche no me deje ver hacia donde me dirijo con mi resignación…”

Se me corta la inspiración y no consigo escribir nada más; bajo por las gradas en busca de una cerveza y me viene a la mente otra idea, subo corriendo.

"Uno no puede tener todo lo que se desea y me voy dando cuenta que tampoco tengo un tatuaje, pienso que es lo mejor, y que si el del taxi no me detiene, estaría lamentándome en un hospital, con más cicatrices de las que ya tengo, y que quizá la llamada de emergencia te hubiera interrumpido un buen polvo y que no me lo perdonarías nunca, sobre todo porque ese era tu último polvo en este país del "sex, sand, sea and sun". Y entonces no me dirijás la palabra nunca más. Y quizá no te vuelva a ver.

Así que mejor regreso a mi cama. Mañana llamaré a alguna de tus amigas para preguntar como finalizaron la noche. Y vuelva a transitar por estos caminos como si tampoco hubieses existido. Al final en este país lo que mejor tenemos es una mala memoria. Yo no soy la excepción."

Termino de escribir y me da un carraspeo en casi todo el pecho. A veces la soledad te vuelve un poco cursi. El deseo por recuperar a alguien desata una melancolía que si uno lo vuelve poema, puede ser un poco empalagador, sobre todo que me he dado cuenta que muchos poetas de mi generación se dedican a escribir sobre esos temas etéreos de almas y corazones,

de ausencias y de otras mierdas que luego leen en los recitales como si de un suplicio o de un rezo se tratara. Eso me recuerda que tengo un poema pendiente que debo revisar:

A la luz descifrada

Frente a unos ojos que me tienden un puente
tus labios inexorables invocan mis dudas
como intermitentes imanes de humeante carne

Un nuevo muro ha sido derribado
y me pregunto cómo será el porvenir
en esta noche que reivindica pasión y desafíos
escalo tu piel acuerpándote con mi abrazo

Meditando en el justo espacio que absorbes con tu grito
mi imaginación por veces pernoctada.
Hablamos del tiempo y de nosotros
de bares de amigas de canciones
mientras sujeto tu cabello y muerdes con voluptuosa lujuria
mi sombra tras los balcones

Abriste una nueva historia
llevándome con vos a tu destino
atado a la aurora de tu cama
como una ola que sujeta al verso

Inventa profundas reinvenciones
a esta vida desarmada de palabras…

Es tarde, si sigo escribiendo así, a lo único que podría aspirar es a ganar un premio que sólo mis amigos podrían entregarme por tener el coraje de aun sentirme un poeta.

## Tirando rostro

Pasó mucho tiempo sin saber nada el uno del otro. Pero algo a lo que Ella siempre ha tenido como característica, es esa peculiar afición a las llamadas telefónicas, ha de ser cosa de su generación. Curiosamente aunque no quisiera verme, me llamaba eventualmente, no para saber si estaba bien, sino para confirmar qué tan hecho mierda me sentía por nuestra relación poco convencional.

Una tarde llamó para que nos viéramos, parecía un poco apurada por ello. Yo no sabía qué responder. Se me está cayendo la cara, le dije al teléfono. No es que no te quiera ver, es que literalmente se me está cayendo la cara. No, no es por vergüenza aunque decís que ya no la tengo. Es sólo que me excedí tomando el sol, por lo que ahora se me está cayendo la cara. Por eso no puedo ir a verte, es completamente horrible.

Ella colgó abruptamente el teléfono y seguí lavando mi rostro con sábila pensando en curarme lo antes posible. El problema es que entre más rozaba mis manos por la piel, pequeños pedacitos volaban hasta caer en el piso. Era totalmente preocupante.

Sequé mi rostro y al final decidí salir a tomar una cerveza. Lo bueno de esto es que aún puedo tomar

cerveza. Llegué al bar y me senté como siempre en un lugar solitario, en realidad estratégico, es un rincón donde nadie puede llegar a molestarme, pero desde donde puedo apreciar todos los movimientos que suceden ahí adentro. Sólo este tipo que siempre me observaba notaba mi presencia.

Estaba por mi segunda cerveza y el último de los cigarrillos que me quedaban, cuando de reojo noté cómo dos mujeres me miraban mientras se decían algo. Eran dos mujeres jóvenes de tez blanca y pelos amarillos, definitivamente no eran de este país; a veces se daban pequeños codazos y empujoncitos mientras me miraban. Lancé una disimulada sonrisa hacia ellas y ellas respondieron con tímidos ademanes de saludo.

Luego se acercaron a mi mesa: "¡Hola!" dijeron. "Hola" respondí. "¡Wow! le pasó algo a tu cara, es realmente asquerosa" expresó una de ellas. "Es que ya dejé de usar mascaras" le dije. "Te queremos preguntar si tú eres el amigo de Estela".

Estela era una de las pocas personas con las que había tenido conversaciones amenas en este bar, así que pensé que estas dos chicas serían, por asociación libre, también simpáticas.

"Supongo que soy uno de ellos", reaccioné. "Qué bien, podemos acompañarte". "Por supuesto". "Nosotras

somos estudiantes que hemos venido para conocer un poco la historia de tu país y Estela nos dijo que podríamos encontrarte aquí para que nos ayudes". Parece que la cara de objeto antropológico no se me ha quitado pensé para mis adentros.

Estaban las dos estudiantes extranjeras contándome todo su rollo, mientras yo seguía arrancándome pequeños pedacitos de piel, la cosa se estaba poniendo divertida. Parecía que estaba mutando ahí mismo, delante de las chicas que mientras escuchaban lo que les decía con simulada atención, pagaban mis tragos. Es como estar pagando un espectáculo de circo supuse. Ya miraba un gran letrero fuera del lugar que se leyera: "Vean al único hombre que puede cambiar su piel sin cirugías. Ni siquiera Michael Jackson lo consiguió".

La velada estaba por acabarse y a esa hora yo estaba completamente excitado. Debo admitirlo, no podía dejar de pensar en llevarlas a ambas a mi casa. Estaba por proponérselo cuando dos tipos rubios, fornidos y bien bronceados, de esos que parecen que solo tienen una neurona, se acercaron. Cada uno tomó a cada una de las chicas y se plantaron sendos besos. Nos presentaron y dijeron que tenían que irse, pagaron todo y aún me dejaron dinero para beber algo más. A esa hora quedaba un poco de cara que quitar.

## Eran apenas las ocho

Eran apenas las 8:00 de la mañana cuando mi teléfono sonó. Era una voz que me parecía familiar diciéndome: “Sabés qué maldito, ahora soy feliz”. A lo que yo contesté: “si, hola, que bien, me alegro, ¿puedo seguir durmiendo?”

“Sabés qué infeliz” -continuó- “mientras vos estabas jugando al rudo destrozándote la cara, me fui a la playa sola, entendiste. SO-LA. Quería repensar las cosas y llegué a la costa, maldita sea y lo primero que hice fue buscar una habitación y felizmente todo estaba lleno ¿sabés por qué? Porque un chico salió y me dijo que podía quedarme en su habitación. Le tomó cinco minutos para seducirme y ya para eso estaba enamorada de él…”

“Y sabés qué –prosiguió- Ni siquiera salimos a la playa, nos la pasamos todo el fin de semana, entendiste, TO-DO el fin de semana encerrados en la habitación, es un animal. Su cuerpo atlético lleno de tatuajes; y sabés qué es lo mejor, que es vocalista de una banda y creo que él sí será alguien. No como vos maldito perdedor que sos un fracasado, mirá no tenés una carrera terminada, no tenés empleo y ahora tampoco tenés novia. MAL-DI-TO FRA-CA-SA-DO”.

“Además es un chico atento. Se levantaba para llevarme algo de comer a la cama. Podía cargar con mis cosas. Me daba masajes y hacíamos el amor cada vez que yo se lo pedía”. “Oye guapa –le dije por fin- y yo que pensaba que el esclavismo había terminado. No sabía que lo que querías era más que un novio, un prisionero o un sirviente”.

“Ya ves. Eso es lo que me molesta de vos –gritó- nunca le das importancia a lo que me pasa. Parece que todo te vale verga. Ni siquiera vas a decir que te duele que yo esté ahora con otro”. Su voz seguía con una letanía muy bien conocida. Entonces reflexioné que no tenía porque seguirla escuchando. Arrojé el teléfono al cesto de la basura. Había una persona menos de quien estar preocupado.

## Sucede que

Sucede que para que no todo siga igual, quiero que de nuevo amanezcás conmigo y los estruendos de la guerra terminen. Yo que me precio de ser puntual en las citas más complicadas, esta noche frente a tus ojos clavados en el horizonte, sugiero que me abracés para apagar juntos el cansancio de ser tan sólo dos.

Y mientras sueño que me combatís a felaciones en un castillo del amor, tendida en un colchón que podría dejar de ser sólo un colchón si estuvieras a mi lado, construyo un futuro donde esté superada una frontera que nos aparta de la posibilidad de vivir. Y más en la noche, ante un susurro de bossa nova y malabares, canto a tu oído que merecemos estar unidos. Y me sonreís como si el acuerdo ya fuese establecido, nosotros que una vez decidimos amarnos más allá de los nacionalismos.

Pero a un tiempo de aquella promesa, estalla el odio y tu silencio. Y recuerdo aquel día que participé como invitado a tus sensaciones de humana explosión y digo que odio la guerra. Abandonado de este lado reafirmo mi decisión de combatir a tu lado para no sufrir de más despedidas. Para que no se queden enterradas nuestras promesas, para no huir de la vida.

Aunque por hoy mis esperanzas parezcan ese pedazo de mierda que queda flotando en el retrete, que por más que jales de la palanca no se va, admito fuera de todo vano orgullo que aún te amo. Que el amor, como el tiempo y el espacio son infinitos, pero que para que sea eterno debe de ser libre. Y no es posible ahora que me he confinado a este exilio voluntario en esta habitación que suena a caverna. Y que sin el brillo de tus ojos no existe evocación alguna,  más que del miedo. Atado estoy de vos sin tu presencia. Vacío del vacío que también se quedó a tu lado.

## Preludio de una suerte

La soledad me estaba enloqueciendo, así que busqué en el directorio y encontré el número de una vieja amiga con quien podría al menos desahogarme. Necesitaba hablar con alguien o al menos comprobar que yo no era sólo producto de mi imaginación. Que había más personas en el mundo. Conseguí llamarle y quedamos de vernos esa tarde.

La estuve esperando por casi dos horas con una ansiedad que no se me quitaba ni con la lectura de corrido del Satiricón, una manera de reclamar mi imaginación por tantas veces frustrada y reinventada a la luz de su imagen.

Así que al sonar el timbre de la casa, una emoción incontrolable se me saltaba del pecho y un poco más allá. Mabel siempre tenía la costumbre de llegar en el justo momento que comenzaba a resignarme de su ausencia, así que como si nada entró dibujado en su rostro una sonrisa de espontánea inocencia. Dimos el saludo convencional como siempre y entró observando cada detalle de la casa.

Te sirvo algo de tomar – pregunté-.

Algo fuerte – dijo ella- mientras me atravesaba con su mirada refulgente.

Le serví lo único que tenía para beber además del agua del grifo: un vodka con hielo y serví uno doble para mí. Algo me descontrolaba y creo que era la emoción de verla en mi casa, con el agravante de que estábamos completamente solos.

Qué bueno verte. Hace mucho que no hablábamos. Así que mientras bebíamos nuestro trago, la conversación nos ponía al corriente de lo sucedido con nosotros en estos tantos años de ausencia.

Me gusta que sigás escribiendo –continuó- mientras rozaba una de sus piernas con un pedazo de hielo. Es bueno que estés haciendo lo que te gusta. Y llevó el trozo de hielo directo a sus labios para remojarlos un poco mientras su mirada provocaba cierta lascivia en mí.

Hace calor. Si. Parece que ahora hasta el diablo ha salido a comprar paletas. Tenés un extraño sentido del humor. O quizá simplemente no lo tengo. Mejor si me mostrás lo que has escrito, me lo prometiste y sabes que he venido por ello. Sí, pero sabes que, lo tengo arriba en mi habitación así que tendremos que subir, le sugerí. Está bien pero al menos servime otro trago y ponle un poco más de hielo. Que con este calor…

Mientras ella subía al cuarto me dirigí a la cocina, serví dos tragos con suficiente hielo; la cosa se estaba

poniendo más calurosa de lo que se sentía en general en el ambiente. Debo admitir que Mabel siempre ha tenido algo que provocaba que mi imaginación me lleve a lugares adornados con excesivo morbo.

Subí con las dos bebidas balanceando en mis manos, la puerta de mi habitación estaba abierta y cuando me acerqué Mabel estaba con mi diario personal en sus manos. No creo que aun escribás un diario, me dijo mientras se reía y me miraba. Aquí está tu trago dije intentando evadir la conversación. Lo tomó y continuó con la lectura, muy atenta a cada una de las palabras que estaban ahí plasmadas.

Se dirigió a la cama y colocó el vaso en la mesa de noche, cruzó sus piernas. Con una mano sujetaba al pequeño cuaderno y con la otra comenzó a recogerse el cabello. Tenía una magia en cada movimiento que convertía cada pedazo de mí en un manojo de nervios. Intempestivamente dejó la lectura y me miró como buscando un cómplice de algo. Inconscientemente mordió sus labios y yo me enmudecí como si las palabras pensaran que hacían estorbo.

Cuando las recuperé pregunté ¿Qué pasa? Sabés que estaba pensando en este momento, me confesó; espero que esta vez no desaprovechemos la ocasión. Como para qué –dudé- y comencé a descifrar cada uno de sus movimientos, así que como quien está presente en

una cacería me dirigí lentamente hacia donde ella, me senté en la cama justo a su lado mientras sutilmente se recostaba sobre el colchón manteniendo esa pequeña sonrisa.

La verdad nunca he sido un tipo avezado en las artes amatorias por lo que me llevó algunos segundos entender de qué se trataba. Sin embargo reaccioné: No desaprovecharemos la oportunidad de nuevo, le susurré al oído para luego buscar sus labios, mientras los latidos se aceleraban preparándose para lo que venía.

Ya con el calor sentía el sudor recorrer la piel, poco a poco la ropa se fue deshaciendo entre nuestros abrazos que subían el tono en cada coordenada. Y ¡vaya que comencé a contemplar su cuerpo! ahí mi mirada se dirigió a sus pezones que para esa hora marchaban erguidos hacia mis labios y no sé cómo abordaba su piel; los suspiros hacían eco de la habitación y ya mi cabeza era presa de su voraz concupiscencia.
Tengo que confesarte algo, dijo de manera inoportuna. Soy una mujer comprometida pero no podía desaprovechar este momento antes de mi matrimonio, verbalizó como si de una terrible confesión se tratara. Oye, yo precisamente no soy un gigoló pero a estas alturas eso no importa, que tal si terminamos con esto y vamos por una botella para que me lo contés.

La tarde se iba desprendiendo de su esencia cotidiana y nuestros cuerpos yacían en aquel viejo colchón que ya extrañaba el humor carnal de dos amantes. Su cabello cubría parte de mi rostro y aquel aroma de adolescentes era evocado por un par que en ese momento se desconocían a sí mismos. Mabel dejó caer una lágrima y el juego comenzó a dibujarse.

Aquella tarde, Mabel y yo comenzamos una historia llena de imaginación y mutua complicidad…

## Minutos después

Estábamos retozando un poco y casi me quedaba dormido, cuando a Mabel se le ocurrió conversar sobre el amor. Maldito momento para hablar de ello, acabás de echar tu mejor polvo en los últimos dos años y lo que menos querés es hablar, sólo reposar un poco y disfrutarlo.

Estás a punto de casarte y yo sólo quiero que nos mantengamos como amantes -le dije un poco molesto.

¿Desde cuándo te has hecho tan frio? -me reclamó-.

Desde aquella inolvidable tarde en que me dijiste que yo era una mierda y que jamás te enamorarías de mí.

Mabel intentó reír, realmente nunca se sabía cuando yo bromeaba o decía algo en serio. La verdad no sé si alguna vez he dicho algo en serio. Pero todo esto es una explicación que no venía al caso, esta rutina de desvelarme mucho últimamente me obligaba a dormir un poco. Mabel cerró los ojos, expulsó un suspiro como de resignación y dio la vuelta mostrándome su menuda espalda.

Estaba por abrazarla y conciliar mi sueño, cuando dio un repentino salto que casi me mata del susto. No entendía que ocurría.

“Sabés qué –dijo- creo que tu problema es que te sentís solo; estás todo el tiempo preocupado por encontrar a

alguien con quien pasar el resto de tu vida, sentís que la estás echando a perder, estás desperdiciando los mejores años de tu vida obsesionado por tener sexo, tanto que te olvidaste de lo maravilloso que puede ser el amor".

Oye, aunque no lo creás soy un tipo bastante sensible, sufro continuamente y me siento solo, sé que es irónico sentirse solo en una ciudad cuya densidad de población es de 1,768 habitantes por kilómetro cuadrado, pero suele sucederme. Sabés, me trauma saber que cada segundo hay parejas teniendo sexo mientras yo no paso de ir al baño, embriagarme y dormir. Por ejemplo, cuando voy por la calle me gusta pasar por los moteles y ver todas esas puertas cerradas en señal de que hay alguna pareja ocupando las habitaciones. Así me imagino que no todo anda mal por esta ciudad. Por cierto ¿querés ir a un motel conmigo ahora? Ni siquiera tenés carro. Ni siquiera sé si querés ir conmigo; es que sabés, tengo una adicción con los moteles, nada más he ido una vez pero quedé adicto, se pueden hacer muchas cosas ahí dentro.

Mabel volvió a darme la espalda y fue ella quien logró dormir. Yo me quedé recreando mis fantasías por un rato, hasta que me dieron ganas de ir al baño. Esos eran momentos en que te acordás que la vida a veces suele manifestarse en sus múltiples miserias.

## Ser más creativo

Al poco tiempo Mabel se había casado. El nuevo matrimonio decidió hacer su luna de miel en la vieja Europa. Yo le envié un par de e-mails, preguntando si aún me deseaba como su amante. Nunca recibí respuesta, sólo una inocente fotografía donde ella aparecía junto a su esposo. Paris debía tener algo bueno. Los ojos de Mabel reflejaban felicidad.

Tenía algunos problemas con mi computador, así que después de estar aburrido sin hacer prácticamente nada, por fin me decidí que tenía que hacer algo por repararla. La tomé, la puse en una bolsa y me la llevé al primer lugar que encontré.

Me topé con un lugar que tenía repuestos, pero luego cuando el encargado me dijo la mierda que me costaría la reparación, decidí que no era el momento adecuado; igual aproveché para utilizar una de las computadoras del ciber café para ver qué noticias nuevas había. En general no había mucho por lo que sentirse bien. La guerra en algún país árabe ocupaba casi todas las portadas y cuando buscaba correos de mis amistades, era casi nulo. ¡Mierda! -me dije- algo no anda bien.

Luego había un par de correos en los cuales se me recomendaba o más bien se me ordenaba tomar un boleto para irme por debajo de la mierda, por ser como soy y por no dar la importancia debida a las cosas. Leí con morbosa atención mientras rascaba mi barba y

limpiaba con la mano el sudor que me recorría por la frente.

Y yo, que todavía ayer pensaba en decirle que se viniera a vivir conmigo, o quizá aun lo pienso, no lo sé. Pero mi simplicidad al parecer le es incómoda y poco atractiva. O quizá yo me haya hecho alguna ilusión tan grande con la cual no puedo cargar.

Luego repentinamente me llegó el mensaje de una chica quien me invitaba a tomar un café. Vaya no todo estaba tan mal después de todo. Así que inmediatamente coordiné para vernos y en menos de quince minutos ya estaba en el lugar acordado. Llegué al sitio y ella se encontraba ahí sentada leyendo un libro. Es de éstas que quiere aparentar ser lista, me dije. Me acerqué, sonrió, dimos los saludos convencionales, me invitó a sentarme y ahí pedimos. Hacía un calor insoportable así que en lugar de café me pedí un refresco. Ella pidió un helado y se desarrolló una conversación de lo más normal, hasta que sorpresivamente me dijo que quería irse a vivir conmigo unos días. Noté que traía consigo una maleta. Trató de convencerme diciendo que era muy buena para el sexo y que necesitaba saber quién era yo en la vida cotidiana. Otra vez me sentía material de estudio. Pero como soy un tipo bastante bondadoso, acepté que se viniera conmigo, sobre todo porque a esa hora le estaba metiendo mi mano debajo de la falda y ella tenía la suya entre mis piernas. Vamos, le dije.

Luego de un rato de estar ahí en la entrada tomé su maleta y le invité a pasar, puse la maleta en el piso, cerré la puerta. Ella dio un pequeño vistazo a las cosas, entonces se paró en medio de la sala dio la media vuelta y para eso yo estaba justo a unos cuantos centímetros de ella, la tomé de la cintura, la atraje hacia mí, y volvimos a fundirnos en un beso; la respiración comenzó a sentirse más fuerte y más profunda, yo quería más intensidad pero de repente sentí un pequeño empujón, no violento sino sutil, nos separamos y me dice:

Oye, pero tenemos que hablar.

¿Ahora mismo?

Claro que ahora mismo.

No puede ser despuesito.

No, oye, hace mucho que quiero hablar con vos. Quiero saber de tu vida, de lo que has hecho.

Bueno, sí, pero para eso hay tiempo.

Pero es que ni siquiera sabés porque vine ni por cuánto tiempo.

No dije absolutamente nada, la tomé de nuevo, la

abracé, esto es lo único que puedo decir ahorita.

¿Qué?

Le planto un beso como si era el último que daría en mi vida, la fui empujando poco a poco hasta llegar a la mesa del comedor, mis manos ya estaban metiéndose por su camiseta, se sentó sobre la mesa y me abrazó hasta con las piernas y ahí, se estaba sintiendo más y más calor, mis labios querían ser guía de su cuerpo y entonces... me detuve.

¿Qué pasó?

¿Y si mejor subimos? puede venir alguien.

¿Y si mejor platicamos un poco?

Pero sabés, a mi me encanta platicar en mi cama –le dije-.

Ella sonrió.

Subimos casi siendo uno. Estábamos en un estado bastante febril. Empujamos la puerta del cuarto, ella me dio la espalda y la abracé. Aproveché para besar su pelo por el cual luego pasaba mis dedos, se lo recogí y comencé a besarle el cuello. Bueno, la cosa estaba candente nos fuimos hacia la cama.

Dijo: ¿crees que nos aguante esta cama?

Probemos.

Con dificultad llegamos, nos arrojamos sobre el colchón y era un momento bastante intenso. Lo de platicar fue una estratagema, llegamos sobre el colchón, los besos eran más apasionados, mi corazón quería irse lejos pero no podía, el calor se hacía más elevado y era necesario deshacerse de la ropa. Su camiseta fue la primera en desalojar y sus pechos parecían que me llamaban -o eso creía yo- busqué uno de ellos y le dirigí mi ardor, ella puso su mano sobre mi cabeza y parecía que quería dirigir mis movimientos, sus dedos se enredaban en mis cabellos, sentí cómo una de sus piernas se colocaba por encima de mí y me presionaba contra ella, me fui hacia su otro pecho. Un zigzagueo instintivo invadía nuestros movimientos.

Mi boca comenzó a descender, ella aprovechó para quitarme la camisa. Dimos vuelta y cambiamos de posición. Ella quedaba sobre mí y así aproveché para tomarla por las nalgas las cuales comencé a presionar, mis manos se fueron internando por debajo de su ropa interior. Mientras tanto me mostraba todo su repertorio de besos y podía sentirse mi erección por lo que ella daba movimientos hacia arriba y hacia abajo. Daba esas miradas enloquecedoras y le dije: eres una chica muy hermosa. Volvió a sonreírme. No sé cómo pasó,

pero ya luego estábamos completamente desnudos, un hormigueo me invadía, mis movimientos parecían entorpecidos por los nervios, un suspiro quería calmar mi ansiedad.

Te he extrañado todo este tiempo - le dije-

A esa altura no importaban mis incoherencias. Quería seguir besándome. Tomó mi pene con sus manos y lo introdujo tiernamente. Sentí como si el mundo entero se detuviera y quedara nada más silencio. Mis sentidos ya eran todos de ella. Estaba siendo preso de su piel que se balanceaba con toda la humedad que desprendía de sus poros hasta reventar en una explosión de vivo placer.

Mientras estábamos en eso, ella susurraba: "Quiero que me leas cuentos estando así desnudos y que nos besemos todos los rincones de nuestros cuerpos, que hagamos una y otra vez el amor hasta que no podamos y reír, y reír y llorar, y tocar tu cabello y verte a los ojos con ganas de quedarme en ellos y sentir tus manos en mi cuerpo".

A pesar que esos melosos detalles me incomodaban, sentía que por fin la había encontrado.

## La tarde estaba cayendo

Pasaron varios días. La cosa aparentaba ser perfecta. Adriana tenía el mismo uso horario que yo tenía. Nos levantábamos hasta tarde, comíamos poco, bebíamos casi desde abrir los ojos hasta muy entrada la noche. Me dejaba tranquilo mientras yo permanecía encerrado en mi cuarto para escribir. Y mejor aun nunca se negaba a tener sexo, al contrario, me exigía cada vez más.

Una tarde mientras me quejaba de la resaca, entró recién salida del baño (algunas veces teníamos tiempo para ducharnos). Yo estaba acostado y ella vino sobre mí. Veía su cabello descender por encima de ambos y luego comenzó a descender hasta colocar sus juguetones pechos sobre mi pene. Coloqué mi mano sobre su cabeza y le sugerí con ello que bajara un poco más. En un parpadeo tenía sus labios en mi glande. Mis manos estaban frías de la emoción y su lengua jugaba a descifrar mi debilidad. Mientras estaba en eso notaba como a veces cerraba los ojos fuertemente. Eventualmente también mordía su labio inferior y daba gemidos y gemidos. Sus pezones se irguieron como nunca y de nuevo mi pene estaba en su interior.

Adriana, sin ánimos de ofenderme sugirió: Esta vez quiero que no pares. No lo tomé tan mal y sólo lograba dar respiros profundos y apretarle más fuerte. Ella se acercaba para dar repentinos besos. Sabía que no debía parar en ese momento. Le tomaba por el cuello y lo

acariciaba poniendo mi mano por debajo de su cabeza, desde donde le nacía el cabello. Su piel golpeaba mi piel en movimientos acompasados. Todo mi cuerpo quería estar dentro de ella y mi corazón ya no sé si existía porque parecía una máquina que corría a revoluciones inimaginables.

Luego se puso de pie colocando sus codos sobre el escritorio, me pareció entender y traté de arremeterla por la espalda, pero ella reaccionó golpeándome con el codo sacándome un fuerte suspiro, dio un movimiento hacia atrás. Traté de asirle los pechos y besaba de nuevo su cuello. Pero ella me empujó a tal punto que no sabía qué sucedía.

"¿Quién es la de la foto?" preguntó señalando hacia el escritorio. Es sólo una amiga le respondí. Pero se ven muy cerquita ustedes dos, parece que están enamorados. Yo amo a mis amigas me desmarqué. Pues no me gusta, quiero que la quités, no soporto verte con ella. Oye, no tratés de decidir lo que debo o no tener. Es que a mí ni siquiera me has pedido tomarnos una foto. Tampoco te pedí que vinieras a vivir aquí. Sos un malagradecido, dijo con voz furiosa. De manera agitada comenzó a recoger sus cosas y a meterlas desordenadamente en la maleta, gritaba, aullaba sollozaba, no sabía qué hacer. Como buen caballero que soy le ayudé a recoger todo.

La tarde estaba cayendo dando espacio a los enigmas de la noche.

## Sonrió y me abrazó

La noche daba sus primeros aires y de la pasión cometida se me despertó el hambre; bajé hasta la cocina en busca de algo que apaciguara mi estómago. Busqué en el refrigerador, en la alacena y me di cuenta que por alguna vez en mi vida debía de comprar algo para comer, todo estaba vacío; me tenía que conformar con beber un poco de agua, al menos de sed no moriría. Esa tarde-noche sin embargo, descubrí que tenía un poco de vino y algunas fresas dentro de un frasco. Sí, no sé cómo estaban ahí pero había algunas. Debió ser una sorpresa de Adriana. Serví un poco de vino en un vaso y sorbí un poco, el líquido me calentaba la sangre y sorbí otro poco.

Escuché unos pasos que bajaban por la escalera di la vuelta y era Adriana. Estaba ahí con su cabello suelto, un poco enmarañado y vistiendo solo una camiseta. Yo, ahora que lo recuerdo, estaba completamente desnudo. ¿Querés un poco de vino? le ofrecí. Está bien, dijo.

Le serví en otro vaso y serví un poco más para mí. Le acerqué su vaso con vino, se lo entregué en las manos y aproveché para darle un tímido beso. Ella miró absorta y volvió a reír, con esa sonrisa que me enloquecía, sus labios se humedecían del líquido y luego pasaba sus labios como señal de aprobación; mientras hablábamos pasaba uno de sus dedos por la orilla del vaso, lo introducía y luego se saboreaba.

Saqué las fresas mordí una tratando de comprobar su estado de caducidad y se la ofrecí. No se lo di en la mano sino que lo pasaba por sus labios impidiendo que lo mordiera. Yo mordí una pequeña parte y se dejaba ver la contextura de la exótica fruta. Ella colocó su vaso sobre la mesa y aproveché para darle otro beso, luego la tomé para abrazarla y le arrinconé contra la pared. Ahí los besos subían de tono. Noté cómo su pierna izquierda trataba de subir para presionarme aun más, una inevitable erección delataba mi estado y fui subiendo de a poco su camiseta hasta que conseguí desprendérsela. Sus pezones también marcaban una leve excitación acometí hacia ellos para mezclarlos con el sabor a fresas que aún conservaba en mis labios. Tomé la fresa que aun tenía en mi mano y comencé a rozarlo por cada uno de sus pezones en movimientos circulares.

Su respiración comenzaba a sentirse más intensa y noté como cerraba sus ojos. Esa forma de cerrar los ojos que tenía me enloquecía sobremanera. En intermitentes arrebatos fui pasando la frutilla por su vientre y bajar hasta descubrir su sexo. Adriana intentaba presionarme más fuerte y solo conseguía dirigirse hacia mí en variados monosílabos.

Bajé dándole sonoros besos, quería besar cada poro de su piel, bajé hasta sentir como me entregaba su humedad a la cual le compartía mis besos; después mi lengua inquieta hacía su trabajo y sentí como sus

dedos volvían a revolverse en mis cabellos que en ese momento eran víctimas de un jaloneo febril.

Ella comenzó a moverse y entendí que quería que nos dirigiéramos a la mesa. Se sentó sobre ella entregándome el placer de verla en todo su esplendor, nos entregamos en candentes besos y en caricias indescriptibles; quería sentirla en todo mi cuerpo y creo que ella quería lo mismo de mí. Teníamos una mezcla de sabores en nuestros labios. Se recostó sobre la mesa y me pareció que estaba lista para ser comida por el hambre de la pasión. La acariciaba desde el cabello hasta sus pies y escuchaba unos suspiros que era imposible interiorizar.

De repente sus caderas comenzaron a balancearse instintivamente hacia adelante y a hacia atrás y comenzó a gritar:

¡Hagámoslo, hagámoslo!

Yo también ya estaba listo. Levanté sus piernas por sobre mis hombros y comenzamos de nuevo a entregarnos. Sus ojos abiertos clavaban su mirada hacia mí y eran acompañados por eventuales gestos. Mordía sus labios y yo me estaba volviendo loco con toda esa belleza que se entregaba a mí como alguien que recibe una señal divina. No me lo podía creer. Acariciaba sus piernas y daba repentinos besos. Ella luego levantó su espalda y estábamos exactamente de frente uno al otro; nos volvimos a enredar en besos y le abrazaba con todas mis fuerzas. Notaba como sus cabellos también

saltaban producto de un “subeybaja” y su mirada seguía puesta directamente a la mía, parecía que nos hablábamos con las miradas. La emoción nos sacaba de control. Quería que aquello fuera interminable.

Una canción se dejaba escuchar y se hizo nuevamente el amanecer. Esa mañana nos encontró retozando desnudos sobre una colchoneta en medio de la sala. Yo desperté antes que ella y la abracé con todas mis ganas, sus ojos seguían cerrados y le di un sutil beso en la mejilla. Ella despertó y dije: buenos días preciosa. Ella sonrió y me abrazó.

## Qué manera de quererte

De nuevo alguien quería charlar a la hora del retozo. No sé porque esa mala educación de hablar después del coito. Pareciera que las palabras gustan de salir cuando uno no puede pensar en nada. Adriana era también de esas personas que gustaba de seguir el acto sexual verbalizando todo lo que físicamente no se pudo externar.

¿Qué te gusta más besar?

¿Más qué?

No sé, te gusta besar algo más que la boca, por ejemplo, o que te besen.

Pues me gusta lo primero y lo segundo y a vos ¿qué te gusta?

Sabes, por el cuello ¡uhhhhhh!

Ah sí y ahorita ¿qué quisieras hacer?

Pues que tuviéramos una luz azul y música, estar tomando un buen trago y que después de platicar, me tomaras de la mano para pararnos a bailar y bailar lento y acercarnos y mirarnos. Acercar tu boca a mi cuello sin dejar de bailar. Besarnos y seguir la música y todo en azul. Tocarnos sin dejar de bailar. Vaya que esta chica si tenía imaginación.

Cuéntame una fantasía que tengas, algo que te gustaría hacer. He pensado mucho en moteles, sólo he ido una vez pero me gustaría ir de nuevo. Hay uno con jacuzzi, pienso que es por el jacuzzi que quisiera ir, estar ahí tomando algo y que de repente aparezca una chica en toalla y se acerque poco a poco y a la orilla se desnude, que entre lentamente. No soy muy bueno para las fantasías, estoy condicionado por las películas que he visto.

"Tú no piensas en otra cosa que no sea en sexo". Al menos estás con un tipo que piensa. Adriana dio la vuelta e intentó dormir. Había encontrado la manera de que dejara de hablar tanto. Ya podía sentirme tranquilo.

## Justo ayer te recordaba

Justo ayer te recordaba, eras tema de una mesa con los amigos y más tarde eras la compañera silenciosa que tenía entre mis brazos, sólo que no te diste cuenta. No era nada grave sólo una nostalgia, que sí podría ser grave aunque no lleve tilde. El hecho es que fui yo quien te recordaba, si eso aun tiene significado. Quería quedarme libre bajo tu abrigo aunque sería irónico buscar la libertad para quedarse encerrado.

Miraba tu rostro abandonado de fábula. Me preguntabas que tal me va y yo te respondí: Me va como al sol que se la pasa todo el tiempo solo. Eso sí, las esperanzas no las pierdo, las guardo en lugares secretos, así cuando vengás te las muestro, como tus misterios que desnudo en la penumbra de tu ausencia.

El problema de recordarte es quedarme casto, pulcro, sereno. Que empiece a acostumbrarme a no saber de vos, que ya ni en mis delirios te nombre, que ni los domingos a la hora del café te suspire como quien sopla una taza solo que a la inversa.

Justo ayer te recordaba y quizá hoy mismo también esté recordándote sin que te enterés, pues no hemos aprendido a cruzarnos la melancolía.

## Deberías ser más creativo

No pude más y esta vez yo le llamé. Creo que me estoy sintiendo solo –le dije-pero sabés que es lo que más me preocupa; me he dado cuenta que estoy enamorado de mí, me la paso bien conmigo, aunque cuando me desvisto de mi propio ser, me vea en una esquina llorando tu abandono.

Soñé con vos anoche, era un sueño raro. Soñaba que te mordía las nalgas, no era una mordida agresiva, era más bien como si pellizcara tu piel sutilmente con mis dientes.

Sos un pervertido –me dijo-

No, la pervertida sos vos, vos que te aparecés en mis sueños repentinamente. Los subvertís, me provocás, me sugerís. No me dejás dormir y aun más, ni siquiera los hacés realidad. Eso es perversión.

“También soñé con vos. Soñé que cumplía tus sueños, que salía de una cueva y te embestía como una fiera que va morir de madrugadas; no sé, desde que tocamos estos temas sin estar juntos francamente me ha dado por recrear mis fantasías en un estado completamente onírico. No te alegrés, no sos exclusivo, me podría pasar con cualquiera”.

Dejáme hacerte unas fotos. Quiero comerte con la cámara, vamos, desnudate quiero ahogarme en tu

origen para inspirarme, abrazá con tus pechos esta fiebre que llevo como a un sombrero. ¿Te da vergüenza? Te preocupa lo qué voy hacer con las fotos. Me las voy a comer. Cada vez que me cambie el estado de ánimo cogeré una foto y la tomaré como píldora. Como el viejo remedio que no te gusta pero que con sollozos lo vas pasando…

Estás enfermo –me dijo-

No entiendo a las mujeres. Primero se quejan de que un hombre les miente, se deprimen, van al terapeuta, comen chocolate pensando no engordar, salen con sus amigas y destrozan todo aquello que huele a recuerdo. Pero si uno dice la verdad se ponen a la defensiva, encubren su intimidad y desvían lo dicho donde se pierda en solitario.

No me reclamés, a los hombres les pasa exactamente igual.

Sí, pero estamos generalizando. Quizá sólo me refiero a vos.

En efecto, quizá seamos nosotros hablando de nosotros dos.

Al menos yo estoy conforme que seás feliz y vengás a quejarte de tu pareja conmigo, me regalés tus risas, tus llantos –y a veces- tu desnudés, tus abrazos, tus sueños… hacés que pase más tiempo en mi cuarto,

lo arregle y lo desarregle. Lo acomode solo para vos. Aunque ni tomés en serio que soñé que te mordía las nalgas. Que…

Que las pellizcabas con tus dientes, como un mordisco.

¿Me pusiste atención?

“Deberías ser más creativo. Aunque no lo creás, mientras me desprendo de mí y de mis miserias para venir a estar con vos un rato, también te escucho. Y a veces te odio. Pero como me has enseñado, uno puede amar a tantas personas a la vez así como se odia en colectivo, se odia en desbandada, se ama con el mismo estilo. Ya no me causa molestia”.

Por lo menos amá en la misma proporción de la que odiás.

Tendría que amar a la mitad del mundo entonces.

Empezá por mí.

Sos un pervertido, estás enfermo y además… no has dejado de ser ingenuo.

## Hay algo extraño que me impide ser vulgar

Hay algo extraño que me impide ser vulgar. Debe ser algo serio. Para que a estas alturas de mi vida me preocupe, debe ser serio. Leer a Madiedo es realmente serio. Casarse antes de cumplir los treinta años no lo es. Fumar y emborracharse es algo placentero, no lo catalogaría como algo serio. Quizá el hecho de ser vulgar es una cuestión de moda. Sin embargo nadie sabe quien inventa las modas como para reclamarle seriamente, esta súbita preocupación por no ser vulgar.

Las modas las inventan personas que no tienen nada que hacer. Pero lo hacen bien. Invierten su no tener nada que hacer para que yo esté ahora preocupado. También me casaría, pero prefiero tocarle las nalgas mientras la abrazo. Pedirle que frote mi pequeño miembro, ésta deprimida cosa que no quiere salir a la luz. Esta es otra tonta forma de evitar ser vulgar.

Decir cosas sucias a su oído, podría volverse serio, siempre que no sepa explicarme. No sé si habría de explicarle algo. No le he dicho nada aún, no quiero que me arroje al suelo, tome sus cosas y se vaya para siempre. Al menos, no ahora. Eso sí que sería serio. Mejor abro la botella de vino, emborracharme y justificarlo todo por los efectos etílicos. Ahora me sonríe, creo que también es alcohólica.

Mierda. Ahora que veo sus nalgas me dieron ganas de morderlas. Qué serio. Tenerlas a unos cuantos

centímetros de mi boca y no poder tocarlas. Ahora sueno como aquella vieja canción de la Sonora Dinamita. Si no hubiera algo extraño en mí que me impide ser vulgar la cantaría en este momento.

Toda esta preocupación ya se está poniendo seria. Vivir en una ciudad y no tener nada más que hacer. Agotar todas las ganas de quedarse, es serio. Decirle que se quite la ropa mientras llueve y se viene un viento frío también lo es. Penetrarla cuantas veces pueda, debería ser excitante. No lo catalogaría como algo serio. Quedarme sentado viendo cómo se va, es tan serio como esta extraña sensación que me impide ser vulgar. Quedarme escribiendo mientras bebo la última gota de vino, debe ser algo serio.

Si me quedara escribiendo y si aún quedara una gota de vino.

## Es de sentido común

Hora y media, y sigo esperando. Cualquier ser humano con sentido común se hubiera largado. Pero imaginármela tendida, en eso que yo insisto en llamar cama, motiva que cada cinco minutos le siga esperando cada cinco minutos más. Y de eso ya pasó hora y media de la hora acordada. El sentido común nunca ha sido mi fuerte. Sobre todo si veo sus piernas acercarse a mí y ella diciendo "hola amor, disculpá la tardanza". Tranquila, también acabo de llegar. Pura imaginación.

Que alguien se siente a la par mía y se queje del mundo, de lo mierda que es cada cinco minutos, no es de sentido común. Es decir, en estos tiempos es común, pero no le encuentro sentido. Prefiero estar imaginando sus menudas piernas –las de Adriana- que vienen hacia mí para que las bese de abajo hacia arriba y ella diciéndome "tranquilo cariño". Que no pasa nada. Pura frustración.

Ver una película mientras retozamos, en eso que yo insisto en llamar cama, mientras me frota con sus pequeñas piernas para excitarme, es más de sentido común que estar ya más de hora y media esperándola y escuchando a este tipo quejarse de lo mierda que es; lo peor que yo hago una sonrisa como de tranquilo no pasa nada y el insiste en hablarme como si me importara. Puro desahogo.

Pasar dos horas sentado en un banco en el parque,

imaginándome que ella llegará en cualquier momento, mientras no puedo quitarme de la cabeza aquella canción maldita de la cual nunca he aprendido la letra. Tranquilo, ya llegará. Y me digo ¿Quién? Ella o la letra de esta canción que no tiene ningún sentido. Sobre todo si junto a la canción la veo a ella bailar y yo con una erección destevuelo, no es agradable sobre todo con este tipo que está a la par quejándose ya no se de que.

Saber que está por llover; veo un mensaje en mi teléfono: "cariño, tranquilo pero llego más tarde de lo pensado. Besos". Verme quejándome con el aparato no es de sentido común, es más lógico que le siga esperando aunque ya hayan pasado más de dos horas. Eso si es de sentido común como quien se va a cubrir de la lluvia tomando un café, cagar, fumarse un cigarro o ver una película y decirle a ella tranquila no pasa nada, si es que algún día llega para besarle las piernas de abajo hacia arriba aunque sea en esa cosa que yo insisto en llamar cama. La pura mierda del sentido común.

## Vos y la lluvia

La lluvia me aparece como un acta, como un memorándum, como un listón en el diafragma; se aparece, para que evoque en mí, momentos especiales y no tanto, simpáticos y no tanto, alegres ¿Quién sabe cuánto? La lluvia me invita a dormir, para que en sueños nuestra conversación se extienda.

Por ejemplo anoche tuve un sueño digamos que surrealista (como un corto de Jodorowsky dirías): vos y yo seguíamos conversando en una especie de sofá móvil, con rueditas y banderas de muchos colores, recorriendo un puente también de muchos colores y sonidos de aplausos. Al mirarte a los ojos, me dieron ganas de darte un beso y te lo di, los aplausos sonaban en una sola algarabía. Los aplausos sonaban como a rio, como lluvia intermitente, como cuando los sueños se juntan.

Quizá no te guste que sueñe con estas cosas, quizá a mí tampoco me gusta que llueva cuando no estamos cerca. Quizá la lluvia y los sueños no quieren que te vayas y por eso irrumpen este espacio que te reservo. ¿Qué se puede hacer con estas cosas que están fuera de uno y dentro de los dos?

La lluvia lejos de tu abrazo me suena hueca y me sabe a incertidumbre; cerca de tu abrazo aunque sea fría me es excusa para tomarte de la mano y mirar tus ojos. Tus ojos me invitan a seguir soñando. Seguir soñando, me

convoca a volverte a ver. Aunque ahora esta ausencia me sepa a defunción, a ultimátum, a una soga en la esperanza.

## La llaga desnuda

El balcón de mi casa da hacia un precipicio. El lado derecho está adornado con alambre de púas, el izquierdo, está tapizado de portones automáticos. No conozco a la gente que vive en la otras casas, apenas he visto sus autos, sus perros y las bolsas con basura los días miércoles; conozco al tipo que trae el agua embotellada, creo que he visto una trabajadora doméstica cuando viene atiborrada de bolsas del supermercado y nada más.

A veces salgo por una cerveza, y decido quedarme toda la noche en el bar. A veces no salgo y me quedo toda la noche tomando cerveza. Puede sonar muy exagerado, está bien, no lo hago todas la noches; a veces me quedo dormido los martes, así me levanto temprano el miércoles para sacar la basura y descubrir si mis vecinos existen. Nunca he visto uno, cuando salgo ya están las bolsas de basura colocadas pulcramente en el andén.

Adriana decidió marcharse. Se agotó de mí. Los días de prueba terminaron y no conseguí cumplir sus expectativas. Creo que le molestó que la terminara comparando con mis heridas. Eso nunca le gustó. A mí tampoco me gusta que me comparen, le entiendo. Me he vuelto a sentir solo y me pregunto si alguna vez en mi vida podré quedarme con alguien.

En noches como ésta cuando trato de acostarme sin emborracharme, descubro como reaparece en mí una llaga, es una vieja y conocida llaga de la que supura un olor a lixiviados. Me exaspera y no consigo dormir. Siento urticaria y solo imagino un montón de gusanos saliéndome del tórax.

Salgo y me siento en el balcón, prendo un cigarrillo y trato de escribir algo. No sé qué es, pero siento un nudo en la garganta, de nuevo quiero gritar y no puedo. Un escalofrío me recorre y supongo que es hora de ir al bar o al Vellocino de Oro. No quiero quedarme solo por esta noche. Me hace falta alguien o simplemente me haga falta sentirme un ser sociable.

Voy y me reviento a botellazos en la garganta, la llaga se abre con cada recuerdo, la llaga desnuda me acompaña como un fantasma. La evocación de los daños y perjuicios de mis angustias antepasadas se calman si me abandono. Si me convierto en esos otros yo a los que envidio, esos otros insoslayables cabalgando dentro de mí. Es hora de marcharse. Esta noche Ella no vendrá, me lo ha dicho con su sonrisa.

De nuevo me quedé dormido. Parece que en mi vecindario sólo viven bolsas de basura que salen a tomar el sol los días miércoles. Podrían invitarme a sus fiestas, yo me veo igual por las mañanas.

## Vivir intensamente

Vivir intensamente. Vivir a media voz y no guardar el silencio. Vivir tus paredes, tus aires. Vivir cuando venís y cuando estás por marcharte. No vivir cuando cruzás inmuta la calle. Cruzar tus poros como una lágrima, viviendo.

Transmutarme a través de tu pecho. Refugiarme como una fragata sobre el mar rampante de tu sexo. Vivir como una promesa. Como una carta escrita de tu mirada a la inversa. Esperarte cinco horas o cinco horcajadas, pero viviendo.

Devolverte el aroma, los abrazos, la pasión intensamente. Echar toda mi vida por tu espalda, sintiendo. Volar tus obstáculos, tus miedos, tus vedas de fronteras pasadas. Quizá raptarte a mi lado, viviendo.

También morir intensamente. De fatiga. De preñez derramada en la humedad de tu vientre. Crispados los cabellos, cabalgando. Empuñar mi vergüenza, guardarla bajo la noche como una cerradura. Contarte los días, contar tus respuestas, cada vuelta a la esquina, cada paso en contra. Contar también cada palabra no dicha. Como una llaga en cuarentena. Como una mordaza intensa. También viviendo.

## Corazón de marinero

Llevo varios días despertando a mitad de la noche con una fiebre incontrolable entre mis piernas, debe ser porque me he vuelto un abstemio sexual involuntario. Uno de estos días no soporté más así que me vestí y me fui al bar de siempre, al menos la cerveza podría enfriarme un poco y al regreso, luego de ver tanta imagen, podría al menos masturbarme.

Llegué e invariablemente la gente a esa hora ya estaba ebria y con frivolidad notoria, esa que te lleva a realizar cualquier tipo de estupidez para no volver solo a casa y a la cama. Algunos casi llevando a la fuerza a las chicas, otros haciéndose el latin boy de la noche, cualquier mentira es suficiente para seducir aquellos corazones ávidos de una noche de calor tropical y sabor a fruta exótica.

Lo peor es encontrarte a la chica que te gusta con cualquiera hijo de puta que no sea uno, y peor aún, bailando de mala manera el tema que te gusta. Es para embriagarte y mandar todo a la mierda en la pequeña noche que ya nada asombra, excepto a mí.

Una chica se aparece, casi le abordo seducido con la invasión de su mirada, con desprecio, buscando inconsciente un pene que llene su libido dominante. Quiero que se acerque a mí para decirle que odio que me vean sólo como a un pene, pienso que no soy sólo un pene, de hecho creo que ni siquiera soy un pene.

Me dice que tengo alma de marinero, que ya le han contado lo superficial que soy pero que así le agrada. Como ya estoy demasiado borracho le declamo.

## Tengo corazón de marinero, pero…

Alma de marinero decís que tengo, sin embargo a este lado de la cueva que dibuja tu nombre tengo miedo a las cicatrices; me duele en el pecho el pasado. Tengo vértigo a la distancia y la tendencia al desequilibrio me impide caminar.

Verte que te quiero. Te quiero. Verte. Con tu vocabulario pleno intuyéndome, esta noche harás de mi lo que siempre te has imaginado. Sólo habrás de desatar los nervios para que se escapen de nosotros. Me pondré fácil para estimular tu soberbia y vos tenderás un puente para no dar pasos en falso. Yo que soy ascensorista, me he abandonado desde hace dos lunas. Fútil manera de explicarte que no existo. Anoche decidí no ser más tan sólo un pene y tengo varios tomos de historia en los que ya ni siquiera eso he sido. Una vez tuve un corazón como quien tiene gastroenteritis y me muero con la facilidad con la que muere un pueblo en cada tormenta.

Luego de eso, la chica se fue con cara de impresión. Otra noche más donde el papel de intelectualillo no me sirve para irme con una mujer a la cama. Debería pintarme el pelo de amarillo y salir al sol más a menudo. Aprender a nadar y ganar algún premio. O mejor debería morir creyendo en la reencarnación.

## No todo va mal

Estaba por tomar la última cerveza de la noche. Prendí un cigarrillo para dilatar mi estancia en aquel bar silencioso. Un viejo amigo se me acercó y me preguntó si andaba con alguien más: “Acaso me ves con alguien” respondí.

Mi amigo quedó mudo por un tiempo corto, sin saber si responderme o pegarme la marca de su puño en mi rostro. Al final reaccionó: “Es que hay una fiesta por acá cerca, y pensé que si no tenías nada mejor que hacer, te podrías venir con nosotros”. Di un pequeño sorbo a la cerveza y una profunda calada a mi cigarrillo. Vamos, dije. Puse unos billetes sobre la mesa y nos largamos.

Afuera del bar había un grupo de gente. Acerté en adivinar que iban rumbo a la misma fiesta. No les presté mucha atención. Iba porque me habían prometido que habría licor. La demás gente no me interesaba. Vi como subían a un auto y yo y mi amigo quedamos fuera. “Da igual si vamos a pie, la casa está”. Así que caminamos y mientras íbamos por la calle hablábamos de cosas vanas. Del clima, de cómo había ido el día, en fin un poco de todo para no sentir el camino.

Llegamos a una casa y tocamos, alguien abrió. Nos invitó a pasar. Quienes habían llegado antes tenían sus vasos llenos. Alguien había decidido poner música para sentir el calor del trópico. Me se senté, tomé un vaso y serví un buen trago de ron. Vi a mi alrededor como

evaluando al resto. Por un momento sentí que estaba demás, perdiendo el tiempo. Que no había nadie ahí tan interesante. Escuchaba sus conversaciones. Todas me parecían vanas.

Mi amigo, que estaba aun más ebrio, decidió sacar a bailar a una de las pocas chicas que había. Ella accedió. Era la que había puesto la música. El resto seguía en lo suyo y decidí que si no había otra cosa que hacer, me embriagaría hasta más no poder. Igual, los tragos eran gratis. Sin mucho ánimo me puse de pie para dar una husmeada por la casa. Había unos libros y quise leer los títulos. El ruido no dejaba concentrarse. Intenté participar de una conversación, pero me veían raro. Nadie, además de mi amigo me había visto antes. Traté de sonreír, pero sólo conseguía fingir una mueca para ser aceptado.

La gente seguía en su plática como si yo no existiera. Serví un trago más. Traté de sentarme, pero pensaba que si me emborrachaba demasiado, no conseguiría dar con el camino a casa. Seguí paseando por aquel lugar. Luego noté, que casi al fondo, había una chica de pie, viendo hacia todos lados, igual de sola que yo.

Pensé que alguien así, sola en aquel ambiente, podría ser interesante. Que igual no se encontraba en la fiesta o más aun en las conversaciones llanas, que a cada minuto se volvían gritos de gente ebria. Decidí abordarla sin saber exactamente como. Un “hola”

podría funcionar. La gente siempre responde ante un “hola.” Me acerqué a ella y dije “hola” como lo había planeado segundos antes. “Hola” respondió ella, la cosa marchaba bien.

-Pues, que te vi y noté como te movías, parece que tenés ganas de bailar. Ella me miró sin mucho interés.

-En verdad no bailo, me gusta la música, pero no me siento bien si bailo. Aquí se baila como si de profesionales en una competencia se tratara.

-Yo tampoco bailo, pero hoy lo haría para bajar un poco la borrachera. Ella soltó una leve sonrisa.

-Bien, pero pongamos los tragos en la mesa, a ver que nos sale.

Pusimos los vasos sobre una mesa cercana e intentamos bailar, tomamos nuestras manos, como mandan los manuales, pero no salían los movimientos ciertos.

-Oye, dijo ella, si no quieres bailar conmigo, no te sientas obligado.

-No es eso, es que realmente no sé bailar, confesé. Entonces paremos y no hagamos más el ridículo.

Me sentí un poco frustrado. No me había salido el papel de “latinboy” en ese momento.

-Entonces ¿qué hacemos?

-No sé, platicar.

-Eso creo que me sale un poco mejor. De qué quieres que hablemos.

-No sé, me da igual.

-¿Qué haces?

-Estoy bebiendo, y tratando de hacer una conversación con vos.

-Que interesante. La cualidad de los humanos es poder verbalizar lo que piensan.

-Supongo.

-Y vos ¿qué pensás?

-Dímelo tú, que eres el más interesado en "verbalizar" lo que piensas.

Tratamos de desarrollar una conversación. Hablé de lo frustrante que me parecía no poder ser sincero. Ella, que venía de un lugar, donde siempre se dicen las cosas tal cual sugirió que en ese momento me lo podía permitir. Seguimos bebiendo. Por fin, sentí que podía decirle que me sentía atraído hacia ella. Y que si no le molestaba, que en ese momento sentía unas repentinas ganas por besarla.

-No tendría problema, pero es que me da un poco de vergüenza aquí. Estamos casi al centro de la fiesta y

todo mundo nos vería.

-¿Donde preferís?

-Donde estemos un poco menos a la vista.

-Bien, pues estoy viendo que al final del pasillo hay un jardín, está oscuro y parece que no hay nadie.

-Pero seríamos tan obvios.

-¿Entonces qué sugerís? pregunté con mas deseos de sentir mis labios en los suyos.

-Pues no sé, a lo mejor si vamos a la cocina, pero no tendríamos que ir juntos, para que los demás no presten mucha atención.

-Ya está, entonces hacemos como que se acabaron nuestros tragos, que no hay más hielo y que vas a ponerle algo. Yo me quedo un par de segundos por acá y luego te alcanzo.

-Me parece -dijo ella-. Y se dirigió a la cocina. Hicimos tal cual, esperar unos segundos y caminar hacia ahí. Ella estaba poniendo unos hielos. Llegué, me acerqué, la tomé por la cintura, ella se dio media vuelta y así nos besamos. Primero un beso suave, como midiéndonos. Luego uno más apasionado que nos provocó abrazarnos y pasar las manos sobre las espaldas de la otra persona. La música y el ruido de las demás personas nos permitían emitir profundos suspiros.

Parecía que había buena energía en ambos y no parábamos de besarnos. A tal punto que ya no nos importaba si nos veían, si nos sorprendían en ese momento. Ella me atraía fuertemente a su cuerpo para sentir la erección que ya no podía disimularse.

-No podemos continuar acá, dijo ella en una breve reacción.

-Tu casa o mi casa, propuse.

-Tu casa, respondió.

Casi sin darme cuenta, ya había pedido un taxi y nos marchamos sin despedirnos de los que aún quedaban consientes en aquella fiesta. El taxi era el preámbulo de lo que sería más adelante.

Llegamos a la casa, y subimos a la habitación, la ropa ya estaba siendo incómoda. Entramos al cuarto y ella quiso hacer una leve inspección del lugar. Había algunas postales de películas pegadas a la pared, un escritorio con muchos papeles en desorden y la cama al centro.

Había mucha fogosidad en nosotros. Nos besábamos con lascivia. Nos denudamos sin parar de besarnos. Yo estaba maravillado con la desnudez de la chica, no sabía si seguir o quedarme ahí admirando su belleza. Opté por lo primero. Mis manos recorrían todo aquel cuerpo que con cada caricia se revolcaba de deseo.

Trataba de decir palabras que sonaban inteligibles, algo así como "tus dedos como hormigas detonan mi pasión por vos" o "en la comisura del silencio con el latir de tu pecho cabalgamos".

Ella besaba mi cuerpo recorriendo con sus labios la piel del que estaba erizo hasta el último poro. Vino el coito, entre gemidos, respiración agitada y una que otra frase que surgía espontánea producto del éxtasis. Consumado aquello, dimos por quedar recostados -ella un poco encima de mí- hasta quedar dormidos.

La madrugada nos sorprendió, aguardando promesas y futuros que aún están por escribirse. Era la primera vez después de tanto tiempo, en la que mi fantasma no me interrumpió a mitad de un polvo. Dormí satisfactoriamente.

## Aún con esta soledad

Aun en esta soledad tengo el privilegio de conocer gente que me hacen pensar lo bueno que es estar solo. De reconocer que la gente no tiene una vida, que se encargan de invadir la mía y hacerme adaptar su agenda. Yo, tan timorato de nostalgia, quisiera llevarme de encuentro una que otra presencia, sin embargo, estas lunas que engalanan mi almohada y me revientan con poses de indiferencia, quisieran arrastrarme a ese enigma que son tus vellos, que he deseado tanto lamer mientras me arrastro cada noche de retorno a casa.

Aquí, mientras pasás con tus secretos en la penumbra de mi cama; que si quisieras con una sola señal podría ser nuestra; imagino lo demoniaco de ese olor no de amonio ni de matrices nupciales, sino de enfrascada moral olvidada. Me baña de ilusión cada cierta hora que no venís, estoy demasiado ebrio, ebrio de mí y de lo que no soy. Quizá lo olvidés al pasar la aguja del tiempo, no me importa, yo también olvido y te recuerdo, te evoco en tu demencia que me gusta tanto como cuando decís buenas noches y te desnudás de mi en los pensamientos.

Lo sé porque te he visto, porque te espío con mi miedo a que no lo comprendás, porque sé que en el fondo, ahí donde habito, esperás que yo también te sorprenda hurgando esto que el mundo llama deseo.

Mi nombre, que es la síntesis de lo que soy, te ahuyenta. Quizá porque no aparece en tarjetas ni en las presentaciones de los viernes, mucho menos está esculpido en piedra o en canastos, es sólo un dato, un estandarte que no trasciende los 272 mil kilómetros cuadrados que abarcan este manicomio. Es un portavoz de lo que calla cuando no tiene más argumentos que el presentarse tal cual es. Así me observo. Lo veo en tu mirada a la cual le soy indiferente. Vos callás. Yo existo en la contraportada vacua de una mala pasada; de esas que se desechan con el siguiente trago y más allá con la risa de lo que genera esto que digo apenas con las palabras que me has enseñado.

Qué otra cosa puedo decir, que no sea que me estoy inventando una vida sólo para que la invadás y así sentir que al menos tengo algo de lo que podás apropiarte.

Si tan solo una señal tuya pasara por el limbo de mi puerta que -como sabés- permanece siempre abierta a tu llegada.

## Recogía caracoles abandonados

Estaba lanzado en el sofá un tanto melancólico reflexionando sobre la vida que no tengo. Disfrutando del ocio obligado en el que me encuentro, de repente suena el timbre de la puerta. Llamando una vez y luego otra vez. Al principio supuse que era una de esas personas que vienen a ofrecerte cualquier clase de mierdas o alguien que venía a cobrar no se qué. Pero llamaban cada vez con más desesperación que al final me digné a ver de quien se trataba.

Era Melisa, una amiga a quien no veía hace algún tiempo y que según me dijo andaba cerca y pensó en visitarme. Que estaba con algo de tiempo y además que necesitaba hablar con alguien. Así que como últimamente no he estado muy motivado para hacer actividades fuera –de hecho nunca lo estoy- le ofrecí que pasara y que tal vez podríamos ver una película en casa. Accedió y mientras me puso al día de sus cosas, preparé un café y le ofrecí una selección de pelis que tengo de mi colección, decidió por cualquiera y nos echamos al sofá a ver qué pasaba.

Estábamos como dos tontos viendo la pantalla cuando me decidí abalanzarme sobre ella y plantarle un beso. ¡Oye infeliz, qué te pasa, por qué hacés eso! Fue su reacción. Lo siento nena –le dije- es que no podía soportar verte y no besarte, sabes que siempre he tenido ganas de hacerlo. Sí, pero yo solo vine por algo

de compañía. En tanto dijo eso me tranquilicé y volví a congelarme en el sofá. De pronto Melisa tomó mi mano y la apretó fuerte, yo correspondí. Y en esas caricias simulábamos que lo que teníamos a la mano era el sexo del otro; yo sumergía mis dedos entre los de ella y ella a su vez tomaba uno de los míos y lo frotaba. La respiración comenzó a agitarse en ambos y la busqué de nuevo para besarla, esta vez se lo permitió y así nos fuimos abrazando.

Tenés licor, me preguntó.

Estoy seco, le dije.

Vamos entonces a comprar algo –me dijo-

Tomé mis llaves y salimos corriendo a buscar algo que nos quitara la vergüenza. Llegamos a una licorería y tomó unas cajas de vino barato. Esto será suficiente. Pagó y yo tomé las cajas que en eso no sé por qué iban envueltas en papel de periódico. Llegamos a casa casi corriendo. Abrí una de las cajas -siempre me pareció que el vino en caja es como tomar leche rancia- y serví unos tragos generosos. Es mejor que sobre y no que haga falta.

Ya con varios tragos encima, me puse un poco más cachondo. Supongo que Melisa también porque le dio a tocarme por todas partes. En ese momento yo ya estaba por explotar, nos tiramos sobre el sofá y la cosa ya estaba súper calurosa que sentíamos el sudor

recorrer por la piel. De tanto imaginarme lo que vendría me corrí sin siquiera quitarnos la ropa. Lo siento, logré decir mientras sentía que me reducía a lo más mínimo. Es algo raro. ¿Qué pasó? preguntó ella apenas advirtiendo lo que había sucedido. Nada, que ya fue, suspiré avergonzado, es algo extraño, lo siento, lo siento. Es la primera vez que me pasa. Pero si es algo normal -dijo ella- como para no matar el ambiente.

Así que me puse de pie y fui por el vino para servir un poco más. Me senté como un niño recién regañado (no sé porque me vino esa imagen) y por un segundo pensé en pedirle que se fuera. Ella como si nada volvió a hablar sobre sus cosas, que a esa hora me interesaban menos que antes. Saboreaba su trago y observando a través del vaso me dijo:

Sabés, si no fuera por el vino, no me animo a hacerlo con vos. Es decir, que no sos un chico atractivo, podría decir que el físico no es lo importante, pero vaya, que necesito un poco de esto para motivarme a hacerlo con vos.

Como para que yo estuviera de buen ánimo, esta chica a su modo me dice que estoy feo.

Después de aquella tarde a Melisa le dio por ir a la playa, con lo que detesto ir a la playa, es un lugar donde la gente llega a mostrarse o a deprimirse, mi caso es el segundo. Ver todas aquellas pieles perfectas reflejarse como deidades bajo el candente sol y yo sentado como

una mierda que se revienta en lugar de broncearse.

Y efectivamente así fue, Melisa se fue a dar una vuelta por ahí, mientras me quedé en una silla cuidando de las toallas, las latas de cerveza vacías, la bolsa para llevar el bronceador y el paquete de cigarrillos.

Entonces me decidí por dejarlo todo ahí y caminé hasta la orilla: Bueno mar –balbuceé- parece que de nuevo estamos vos y yo solos, así que adiviná, voy a meterme ahí y quiero que metas tus sucias aguas por debajo de mi bañador y me mojes todo hasta que sientas mi erección; solo ten cuidado de no meterme tanta espuma por el culo. Metí mi cuerpo hasta cubrir mi cintura, cuidando de no caerme y me puse a ver todas aquellas voluptuosidades andando por ahí en sus diminutos bikinis y dejé que el mar hiciera todo lo demás. Una hecatombe de espuma llegó hasta la orilla donde una chica rubia recogía caracoles abandonados.

## Te sentís incómodo

Recibí una invitación de amistad y al ver la foto de aquella chica inmediatamente le acepté; la invitación venia acompañada de una breve nota que decía: "Te he visto siempre solo en el bar, yo también me la paso sola, veámonos un día de estos. Cuidate".

Así que me detuve a ver sus fotografías y en efecto era una de esas chicas que siempre llegan a tomar un ron y se sientan en la barra y aunque sonríe a medio mundo nunca se le va platicar con nadie. Me llamó la atención y a los cinco minutos ya estaba coordinando con ella para tomarnos unas cervezas.

Quedamos en el bar de siempre. Yo llegué un poco antes quizá para no darle excusas por si ella llegaba antes y que al no verme se escapara. Suele pasarme que soy yo quien tiene la culpa, esta vez no podía permitírmelo.

No tardó mucho en aparecer y nada más entró se dirigió hacia donde yo estaba, venía sonriendo y sus risos aun traían el olor de cabello recién lavado. Me dijo hola y me abrazó, nos besamos en la mejilla y la invité a sentarse. Pedimos algo y la introducción fue la típica de estos casos.

Lo importante es que después de algunas botellas, ella dijo que sentía ganas de bailar, así que nos fuimos a un sitio para ello y nos pusimos en medio de la pista. Ella se movía como si le picara algo en su interior y

yo intenté seguirle el paso. Me fue completamente imposible. “Parece que a vos no te corre la sangre, movete un poco más”. Hago lo mejor que puedo, me excusé. “No importa, me caés bien de todas maneras” y se puso a reír. Bastaron dos canciones para que ella se resignara y nos sentamos a beber algo más.

Llegó el final de la noche y como suele suceder nos sacaron del sitio, estábamos en la calle pensando en seguir la fiesta, pediremos un taxi, le diremos que primero me lleve a mi casa y luego puede llevarte a la tuya, no nos cobrará mucho, dijo.

Sería más barato si nos lleva a ambos a tu casa –probé- así yo mañana puedo tomar el autobús temprano y no gastaré mucho, pues la verdad no tengo mucha plata para gastarme en taxis. Me miró como si sospechara de mí. Está bien pero igual tenemos que pasar a comprar algo de beber y unos hielos, como está en el camino, el taxi nos cobraría lo mismo.

Y eso hicimos, abordamos el auto, compramos algo de ron, hielo, cigarrillos, y algunas chucherías y fuimos hasta su casa. Era un pequeño apartamento en el quinto piso, muy acogedor y parecía estar todo en orden. Como siempre, me dio por servir los tragos antes de meternos a hablar sobre cualquier cosa. Hey nena, ponte cómoda le dije. Carol –que así se llamaba- rió, pero si es mi casa. Por eso, ponte como si estuvieras en tu casa. Volvió a reír.

Estuvimos bebiendo hasta más no poder, hasta que ella confesó sentirse cansada. Mirá, como sólo hay una habitación ambos dormiremos en ella, pero no te fíes, tengo una cama y una colchoneta, vos podes quedarte en la colchoneta, dejame arreglar y si querés luego podes venirte a dormir. Se fue al cuarto a organizar todo y yo me quedé aun escurriendo las latas de cerveza y fumando el último cigarrillo de la velada. Salió y dijo buenas noches. No hagás ruido cuando entrés.

Así hice y de pie juntillas, entré a la habitación, la chica ya estaba roncando así que ni me animé a molestarla, me lancé a la colchoneta e intenté dormir. Me parecía una extraña noche. Ver aquella mujer acostaba a unos cuantos centímetros de mí y no poder abrazarla. Ese pensamiento me invadía y no lograba conciliar el sueño. Me levanté varias veces como para acercarme y corroborar si en verdad estaba dormida y ella parecía realmente estarlo.

La única manera era despertarla pero no se me ocurría como; así que pensé que si iba al baño podía hacer algún ruido que le sacara de ese estado y eso hice. Me levante fui al baño que quedaba a pocos metros de la habitación, dejé la puerta abierta para que se escuchara todo, abrí la tapa haciendo un alboroto, sonó un “tap” con mucho eco, mié lanzando todo el chorro para que sonara, cerré la tapa con otro sonoro “tap”, y hasta arrojé algunos botes de crema al piso y cosas así. Regresé a la habitación y parecía que ella seguía dormida. Mierda

–me dije-  me acosté de nuevo pensando en una noche más, y suspiré muy profundamente.

Parece que estaba más sensible a los pequeños sonidos porque una leve tos le provocó dar la vuelta y preguntarme. ¿Te pasa algo? No, tranquila, es sólo que no puedo dormir. ¿Te sentís incómodo? Si, quizá me va mejor si me acuesto con vos en la cama. Está bien. Hay problema si te abrazo. No ninguno. Ya en ese momento todo estaba decidido, tuvimos sexo toda la noche y pude ganar un desayuno como recompensa.

## Sombra de la sombra

Pasaron los días e intenté comunicarme de nuevo con Carol. Por fin me respondió, me confesó que estaba enfadada conmigo. Que no quería recibirme de nuevo en su casa, que ni intentara verla de nuevo. Todo solo porque esa vez, por única vez, luego del desayuno olvidé lavar los platos; me pareció una excusa poco válida así que creo que de fondo había otras cosas, intenté indagar pero no me las quería decir. No sabía qué pensar, debía haber sido algo que había dicho o hecho. De nuevo era por no haber hecho bien las cosas.

Al final se sinceró y me dijo que se sintió mal la noche me quedé en su casa. Que cómo había sido posible que yo no tomara antes la iniciativa luego de tantas noches que habíamos coincidido en el bar. Que a lo mejor ella no me resultaba atractiva y que sólo había sido producto de una noche de borrachera. Se sintió tan mal que ahora le avergonzaba verme de nuevo. Que todo había sido un error.

Pero luego siguió contándome que ella se enfermó y yo ni me di cuenta. Que yo ni por casualidad le llamé ni le acompañé, que eso era muestra de que no me importaba en lo más mínimo. Esa confesión me puso como a un cretino así que en lugar de entenderla hacía cualquier tipo de comentario que podría sacarle de onda. “Parece que no sabés decir nada bueno. Lo tuyo es hablar mierdas. Yo quiero estar con alguien que diga

cosas interesantes”. Como si en verdad me conociera.

Como no me gusta conversar por teléfono, le pedí que nos viéramos en algún sitio, me dijo que sólo iba a una reunión en la mañana pero que en la tarde salíamos a pasear. Yo le he esperado hasta las cuatro de la tarde hasta que me llamó, que si quería que llegara a la universidad que estaba ahí, me fui y cuando llegué estaba con un amigo con quien había pasado toda la tarde, toda la maldita tarde, entonces me puse como celoso. Luego nos fuimos a casa de una amiga suya para tomar algo de vino y ya ahí me puse bien, porque la amiga estaba bien. Porque estaba rodeado de mujeres. Y había vino. Pero no, ya cuando estaba entrando en calor nos vamos, que para conversar solos y yo, está bien, y cuando pasamos por un bar que se topa con unos amigos y decide quedarse un rato.

Tan molesto me puse que le pedí nos fuéramos a la casa. Nos ponemos a ver un vídeo, lo terminamos de ver, nos dan ganas de ducharnos porque el calor está insoportable, le indico donde queda el baño, le acompaño muy caballeroso, pero ella me invita a entrar, le digo que no se moleste, que le puedo quitar la ropa y mientras le voy quitando cada una de sus prendas, le doy pequeños besos por la piel. Ella los recibe aumentando su interés, el agua está muy fresca y ya estamos debajo de la ducha, sintiendo como el agua recorre los cuerpos desnudos. Ella está nerviosa pero dispuesta a hacerlo; le tomo de un abrazo, abarco

su cintura y la estrecho contra la pared... su deseo es incontrolable. Siente como mi erección poco a poco va penetrándole, está muy consciente de lo que hace y se deja llevar, el agua sigue cayendo. Nos trasladamos a la sala, a todos los rincones posibles, llegamos al dormitorio, somos un alboroto. La casa es invadida por el ruido que la excitación produce, no nos importa. Estoy tan excitado, que siento la necesidad de apretarla con más fuerza, como quien no quiere dejarla ir.

Carol estaba más tranquila ahora, se sentía deseada y como repitiendo un manual para mí aborrecedor, decidió que mientras retozábamos sería bueno charlar un poco.

“Un día de estos te vi en el centro, ibas caminando muy rápido por eso no te hablé, había mucha gente y te veías realmente muy apresurado”. Yo siempre me veo así. Tengo averiada la noción del tiempo y siempre creo que es demasiado tarde para todo. Camino como si estuviera escapando de algo o de alguien.

Carol sabía que de nuevo me venía la nostalgia. Solía pasarme después de un rato de lujuria. La nostalgia es indicador de que algo o alguien nos hace falta. Su nombre deambula por estas calles que aun no me reconocen, que me patean en cada paso, en cada cruce de esquina, en cada bocacalle. Ella se ha ido y todavía no me entero. Mi corazón se estruja por las noches cuando me invade el sueño, mujer de la luna,

noctámbula, mujer fantasma, crisma en la garganta. He ahí que prefiero la soledad de los mismos bares, para ahuyentarme de ella que me persigue a todas partes, Ella sabe que ahí estoy más protegido que no puede entrar aunque nadie se lo impida. Es nuestro santuario para guardar las distancias. Ella es la sombra de esta ciudad que vomita cadáveres frecuentes. Yo no soy más que nada. Soy la nada. Sombra de la sombra.

## Websex

Carol se fue del país y manteníamos comunicación por internet. Así que a veces le sugería tener sexo virtual, uno de esos días se puso un poco complaciente y casi que acepta jugar el juego.

Mi amor, estoy impaciente. Ya voy corazón. Se acaba de ir la luz, ah no, se me quemó el foco, si se fue la luz, ya vino mi amor, ¿te fuiste? ¿Te molesta si te voy escribiendo? no puedo evitar que cuando te veo me excito. Así estoy ahora. Ya cerré bien mi puerta. Fantaseamos.

Dime algo. Yo llegaría con unos versos que acabara de escribir: tu piel en los suburbios de mi locura me llevan a convocar tu risa, me acuerpo a tu existencia y me desatas como un aullido. Cosas así. Entonces como no me ponés atención tiro los papeles y llego hacia vos, te abrazo por la espalda, cerrás los ojos cálidamente y me dan ganas de besar tu pelo mientras te abrazo por la cintura, voy besando el contorno de tu pelo y muerdo una de tus orejas.

Bajo un poco sobre tu cuello. Doy pequeños besos en tus mejillas queriendo buscar tus labios los cuales encuentro semiabiertos viniendo hacia mí, te das la vuelta y llevás una de mis manos hacia tus pechos, voy tirando de tu camiseta aun besándonos buscando la manera de desnudarte, mis manos y mis labios arden de deseos; voy recorriendo poco a poco tu cuello

sintiendo pequeños espasmos de excitación, mi cabello húmedo recorrería tu cuerpo; gotas desde mi cuerpo caerían sobre vos; la respiración agitada se mezclaría con el ruido de la lluvia como en demencial combate de sonidos te diría: te amo.

El agua bajaría por tu espalda y mis manos sobre vos quitaría tu camiseta y bañados tus pechos me darían la bienvenida, ahí me detengo. Acaricio con mis labios tus pezones que me han extrañado y los muerdo atrayéndolos hacia mi ¿están así ahora para mí?

"Pero yo quiero verte, sabés que me encanta". Sería bueno, yo te quiero aquí con esta lluvia, quiero sentirte toda cerca de mí, sentir cada parte de tu cuerpo; tocarte con cada parte de mi cuerpo mezclándonos en uno solo y escucharte cuando respirás, como cuando querés pedirme más y que me escuchés cuando ya no soy yo, sino somos ambos; rozar tus poros y rayarte suavemente la espalda de mi incontrolable deseo.

Nos la pasaríamos bien sin duda, quiero mezclar mis dedos en tu cabello ¿me dejas ver tus pechos? es mucha imaginación para mí hoy. Qué vergüenza. También me encantan tus ojos, bueno, me encanta todo de vos, por eso me gustaste desde que te vi la primera vez, sabía que debía ganar tu corazón.

Yo estoy que me quemo y si no me dejas ver creo que diré adiós. Estoy que me quemo pero me quemo rico. Me voy, perdí las esperanzas, solo quiero quedarme

con tu imagen. Igual te quiero. Déjame verte por favor. Estás bien linda.

Voy a fotografiarte cuando vengas estoy poniendo un estudio para usar mi cámara nueva entonces venís vos y te propongo que hacemos una sesión de fotos eróticas y te desnudás no sin antes tomar algo y escuchar algo de música y tomando hablamos de cómo podría ser la sesión y me mostrás uno de tus pechos y me preguntás si es fotografiable yo te digo que sí pero hace falta algo y yo te digo como que necesita más pasión el momento que tenemos que desinhibirnos para las fotos necesitamos compenetrarnos más así que digo que estás hermosa pero necesito sentir la pasión de tu parte y empiezo a besarte y vos a besarme y nuestras manos se pierden entre nosotros y beso tus pies y los masajeo y voy subiendo besando tus piernas y quiero abarcarte toda y tomás mi pene entre tus manos y lo apretás y se escuchan mis jadeos y quiero penetrarte y llevás mi pene hasta vos y me apretás con tus piernas y te abrazo fuertemente y mi pene se introduce y a la vez nos besamos y a veces te apartás de mí y de mi pene y yo te atraigo hacia mí y hacia mi pene nos da calor y queremos hacerlo ya quiero sentirte oler tu olor cuando estás excitada y me urge tu presencia y ya me dieron ganas de hacer cositas con mi pene y hago algo mientras te veo.

Pero no podemos continuar. Se trabó tu cámara. Ya. No puedo verte. Ya. Se cayó la señal. Ya volvió. Se corta la señal. No. Ay.

## Carta a un amor en red

Amor: (entro)

De nuevo estoy en esta cueva que llora por las grietas y ventanas cánticos de anhelos desterrados, viendo por un agujero ultravioleta tu sonrisa que ríe al ojo del huracán y no a mis labios que son de sangre y elixir. (Entro)

Oigo la música de este catre sin recordar la letra de tus gemidos (borrar). El ritmo permanece pero la esencia de tus caprichos de sonata se ha desvanecido sin posibilidad de penetrar esta pantalla que se ha vuelto -por azar de la tecnología- lo más parecido a tu presencia. (Entro)

(Copio y entro de nuevo) (Estado sin conexión)

Y pienso en esta estancia, que peor que estar ciego o mudo, es estar ciego y mudo; porque aunque tenga un par de manos deslizándose sobre tu piel como corteza humedecida, no sé si me miras a los ojos, si me gritas desbocada tu gusto por mi árbol sin ramajes, ni se decirte que soy un escarabajo succionando de tu sexo lo que me das para vivir así sin ti. (Borrar)

Y quiero desaparecer bajo el cobertor de tus retoños, mas soy esguince en la tormenta de tu inconsciente que alambra mis implosiones. Te desvaneces en remolinos, antifaz de pétalos y mutismos. Caigo en tu trampa

de reflejos y destellos de sonidos auto programados. (Entro)

Veo por fin tus sueños en un estado de somnolencia graficada por las voces de este cuadrante inoperante. Alguien canta tu ventana e imagino tu ropa interior enredada en placeres ingentes y ocultados; y si me asomo de repente, lo que había de erecto en mi se distrae. (Cerrar sesión)

Amada: (dos puntos) Mañana no podrás ignorarme ni encenderás tus velas de aromas anestesiados. Ya el alba vendrá demasiado tarde y quién sabe si por azares del hedonismo, por fin te encuentre desnuda sobre esta cama. Mientras veo en diálogos ajenos tus pasos esquina opuesta a este epitome de cada noche, en tanto tú te distraes leyendo esto que termina siendo una carta.

(Fin de la conversación)

## Beber, sediento, soñando…

Beber y no pensar en el mañana. Beber y estar a tu lado, bebiendo. La insoportable ebriedad de acercarme y no tener excusas para estar. Para hacer que te quedes vestida de ti y de mis brazos, abrazándote. Beber de tu oxígeno lastimado de pasados inconclusos, de ayeres mal encarados, de males no penetrados en el depósito, olvidado.

Tener miedo de ti, bebiendo; de tu mascarada exprimida de verdades, avanzando. Un rayo arrebatador mientras llueve por las calles olvidadas de sobrias apariencias. Beber y no beber de ti. De tus labios como fuego impetuoso. Observando tus distancias, tus promesas, tus respuestas. Algo que no cala en el manual del cortejo. Amaneciendo.

Tus pasos, balanceando mi poco éxito en detenerte, avanzan casi tropezando mis palabras al límite. Naufragar en tus pechos con el pensamiento cuando vuelves a ver para no verme.

Encontrarme en los subterfugios de la noche, mientras el frío cala mis huesos. Fumando la angustia de no estar de nuevo ni como piedra en el abismo ni como un globo sin lastres. Odio gentil que manipula el sabor de unos labios voraces por arrancar de ti tu inmortalidad. Profunda mirada que insertas atravesando una mirada que no es la tuya. Todo esto que pienso, bebiendo.

Hacer de toda la ciudad una imagen que se desliza por tu espalda, bailando. Preguntar sin eco por tu tacto; los vaivenes que me dejas al abrir los ojos de madrugada. Nombrarte y no saberte, palpitando de interrogantes para que me encuentres en otras contingencias. Beber y no pensar en el mañana, sediento de ti. Soñando.

## Tarde para todo

No me gustan los atardeceres. Me siento como un hombre que está a punto de transformarse en bestia. Siempre fui tajante. O se es hombre o se es bestia. Esas transiciones solo se disfrutan al estilo kafkiano pero no cuando todo parece tarde para todo. A esa hora me inmuto y trato de aparentar que no pasa nada.

Iba por la vieja esquina de la panadería apurado para tomar mi primer trago. Había sido un día cansado y nada productivo como siempre. Horas y horas frente al computador y no escribir ni una sola línea y aun con el apuro –otra vez dejando todo a última hora- de enviar algo para la presentación. Llevaba las ideas como basurillas en los ojos y había olvidado mi libreta en la mesa del comedor. Como cualquier escritor de cantina haría mis apuntes en una servilleta. La última vez me robé el bolígrafo de la mesera. Si le pido uno prestado esta vez me va reclamar por el hurto. Si no me dice nada intentaré pedirle algo con qué escribir.

Estaba a solo una cuadra del bar. En momentos así es cuando me habría gustado ser alguien como Usain Bolt. Acurrucarme como si estuviera cagando y al oír el ruido de un arma correr como a quien le ponen una brasa en el culo. Suelo andar como si todo fuera tarde para todo. Pero no soy tan veloz como el rey de la velocidad. Tampoco tengo una verga de negro. Debí hacer algo con mi vida mientras pude. También para eso ya es muy tarde.

En la transición de la vieja panadería al bar te encontré. Te veías tan linda como siempre. Diría que son tus ojos pero confieso que son tus tetas de vegetariana los que me hicieron reconocerte. También se te veía apurada. Ibas con un tipo que parecía apurado, como cuando todo parece tarde para todo. Sonreíste nerviosa al verme y yo te ofrecí una de mis muecas, esa que hago cuando quiero sonreír y no puedo porque me parece estúpido sonreír cuando no se tienen ganas. Tampoco tengo la risa honesta de un negro. He perdido buena parte de mi dentadura, nunca hice nada para salvarla. Creo que ya es demasiado tarde para ello.

Al cruzarnos nos vimos obligados a detenernos. Cuando eso pasó, sentí que ya no importaba llegar lo antes posible al bar. De todas formas ya había olvidado lo que quería escribir. Tarde. Si hubiera corrido a lo mejor lo habría recordado, pero no tengo las piernas de Usain, él seguro habría llegado a tiempo en tiempo record. Me preguntaste porqué iba tan apurado como si alguien me estuviera esperando mientras me mirabas con sospecha. Te dije que nadie me esperaba, que suelo ir como si siempre fuera tarde para todo. Sonreíste nerviosamente y yo me quedé frío mirando de reojo al tipo que te acompañaba que en ese momento parecía más apurado que nosotros dos. Sin tener nada más que decirnos nos dimos un beso en la mejilla a modo de despedida y retomamos nuestra carrera en destinos opuestos.

Cuando me di la media vuelta vi como el tipo te metía la mano en uno de los bolsillos traseros de tu pantalón para sentir tus nalgas y pensé: ¿qué haría Usain Bolt en un momento así? Quería tener las piernas de negro para correr o romperle la quijada. Pero no era Bolt. Tampoco tengo unos dientes tan blancos para reír idiotamente y aparentar en ese momento que no pasaba nada. Tampoco sabía para qué regresar y llevarte conmigo si no tengo una verga de negro y pensaba que era demasiado tarde para que lo descubrieras.

Así que resignado a no estar con vos en la transición de la tarde a la noche, esa donde siento que de un hombre voy a pasar a ser una bestia, busqué unas servilletas y pedí algo con qué escribir. Pero no puedo escribir con sentido kafkiano imaginándote lo apurada que vas cuando quieres echar un polvo y más aún cuando todo parece tarde para todo.

Al ver mi rostro la mesera me preguntó si me pasaba algo y le respondí que no pasaba nada. Traté de escribir algo pero solo podía pensar en la mano del tipo metida en el bolsillo trasero de tu pantalón tratando de sentir tus nalgas. Si en ese instante me hubieras dicho que se trataba de un sujeto hurtando tu billetera habría pensado ágilmente en una solución. Pero cuando me lo contaste ya era tarde, como cuando todo parece tarde para todo.

## Ser así

Se dijo que eras un tipo que gustás de vivir el día a día. Se dijo que tenés un modo particular de conseguir que la gente te mande a la mierda y entonces –digamos- ella quería conocerte. Se dijo que sos un vago, que se pasa mucho tiempo en un bar intentando seducir a todas las chicas que llegan sin saber exactamente cómo. Pero por fin te enredás con una chica, diferente a lo que supones buscar y la ves como una mujer experimentada, es guapa, es inteligente y eso que sos un tipo "valeverga".

Se dijo también que ella lo veía como un juego; que lo hacía para demostrar que de vez en cuando puede seducir a un hombre. Que en realidad se sentía conmovida por vos al ver que todo mundo te rechazaba. Lo hacía por lástima y vos no te dabas cuenta, no tenías ni una hora de conocerla y ya te sentías enamorado de ella. Y se siente bien porque nunca imaginás que alguien así se fijara en vos, que es algo raro, misterioso, no lo sabés exactamente. Pero sos un borracho que no tiene nada, sólo decís que escribís aunque nunca has publicado un libro. ¿Qué podés tener? ¿O sos una buena compañía? Puede ser, pero entonces la gente no te mandaría a la mierda tan fácilmente.

Pero esta chica ya te ha hecho caso, es tranquila. Pero como todas las demás terminará dejándote porque no acepta tu personalidad. Ahora no importa, no llevás ni una hora hablando con ella y ya te la imaginas en la

cama. Has visto cómo se le mueven las tetas cada vez que se carcajea. Seguí contando cosas graciosas, a lo mejor en una de esas se le salgan de la blusa y reboten directamente en tu rostro.

Y eso que no sos el mejor chico del bar. Hay otros que serían mejor partido que vos y mirás a tu alrededor con recelo. En el fondo querés poseerla y temés que también te deje, como suele sucederte cada vez que te encontrás a una mujer que te apasiona. Ella te apasiona y no llevás ni una hora viéndole las tetas.

Por eso te ponés como la mierda. Otra vez te asalta la duda y no le decís las palabras mágicas para seducirla. Ella comienza a aburrirse, se le nota porque ahora está más pendiente del televisor que está justo detrás de la barra. Te quedás mudo. Parece que se te acabaron los temas y no le propusiste nada interesante.

Ella dice que se va y ves como se aleja de tu mesa y se acomoda con un tipo que le estuvo sonriendo toda la noche. Le acepta un trago. Él le dice algo al oído y ella ríe, se le mueven las tetas y vos no podés mirar más. Ves como toman sus cosas para largarse.

Se despide de vos y dice que te llamará. En tu rostro hay un rótulo que dice: rómpase en caso de urgencia.

## Ella sabe

Quién tiene que cruzar las manos, atravesar las fronteras, sacar las credenciales, el pasaporte, los días de espera. Quién de los dos mira con los ojos de ambos, busca la señal, la fuga el motivo. Quién salta la barda, la línea, la mesa, sin importar las copas, los premios, los castigos.

Qué hace un reflejo que me descubre, se abre, me procura, se va. Qué hago mordiendo esta mordaza deseando morar en vos. Qué hacés sin hacer que ahora mueva este valle con hamacas inquietas.

Cuándo es el tiempo para pulsar tu pecho, hacer de la tentación un recuerdo, descender la cascada, deambular atrapado con una risa inexcusable y serena.

Cómo hago con las palabras que se escapan de mí, se largan con vos, te extienden una pasarela que cruzás sin fingir. Cómo hacés para acertar y atravesar mis miedos y derrotarlos con la sutil escapatoria.

Dónde te encontrás. Y qué hiciste de mí.

## Cuando es ahora que te vas

Cuando la amalgama de unas palabras ausentes y los puentes mutilados llegan sobre la tarde sin aviso. Cuando un sueño aprieta la garganta y la voz no cruza la trampa del silencio. Cuando dices que amanece sin abrir una grieta. Cuando la fisura sólo se ve desde aquí adentro. Cuando es ahora que te vas y no lo imagino.

Cuando aún quedaron pendientes por hacer: aquella película que pudo haberte recordado a mí cada noche imposible que ya no vimos; cuando prometimos escribir un poema juntos, pero nos daban miedo los compromisos infinitos; cuando juraba que no pensaría mucho en ti, ahora que te vas a buscar tu invierno.

Cuando quise creer que era yo de nuevo. Cuando no pude ofrecerte más que noches cualquiera para no mezclar destinos. Cuando un espiral de temas hacía pretender que no terminaríamos de escribir la historia. Cuando es ahora que te vas y no es seguro nada más que eso.

Cuando escriba desde lo lejos y en tu curiosidad oculta rías o llores. Cuando se que de eso no podré dar fe. Cuando un murmullo me de noticias de ti. Cuando quizá el tiempo termine por liquidarnos. Cuando es ahora que te vas y tal vez lo olvidaremos. Habré de tenerte cerca en cada escalofrío del tiempo. Si es que el tiempo no se va contigo, cuando es ahora que te vas.

Una distancia de crucigramas me recordará tu rostro en el claroscuro de tu risa.

## Faltaba música

Cuando Carol apareció de nuevo en el bar, teníamos un poco de miedo que el pasado nos delatara; digamos que en aquella época, ella y yo no habíamos formalizado nuestra relación. Nos tratábamos a la distancia e intentamos -no con mucha fortuna de mi parte- actuar como si de dos desconocidos se tratara.

Manteníamos contacto por correo. Eventualmente contábamos algo de nuestra vida, pero sin brindar muchos detalles, era más bien una forma de mantener la comunicación. Eso era así hasta que le propuse que viniera a visitarme. Eso nos llevó a pensar qué podríamos hacer cuando nos viéramos. La expectativa me llevó a confesarle que me apetecía tener sexo con ella. Lo dije como si fuese mi último deseo. Y ella, sin mucho problema aceptó e inmediatamente planificó su llegada.

Quedamos de vernos una tarde en un sitio a orillas del lago. Cuando se apareció la vi más hermosa de como la recordaba. Venía con su cabello suelto, como siempre suele utilizarlo y sonrió al verme. Por fin, después de tantos correos ya era tiempo de que nos encontráramos. Ha pasado mucho tiempo. Las palabras no me fluían como cuando le escribía. Eres más callado de lo que recordaba. Por eso escribo, para compensar mi silencio. Pues es una lástima, porque escribes bastante mal y si ni siquiera eres capaz de hablar, no será tan fácil que

te lleve a la cama conmigo. Quedé callado y mi mirada se congeló en el menú. Había empezado con un punto sensible.

Como no reaccionaba de mi abstracción, Carol ordenó ron y algo para picar. Bebimos y aun no encontraba la manera de llegar al tema principal, es decir, proponerle que nos fuéramos de una buena vez a su hotel y materializar nuestras fantasías expresadas virtualmente.

¿Aún te gusto? –preguntó Carol sin rodeos- Mucho. Me lo imaginaba. Yo no quería conversar; pensaba que cualquier cosa que yo dijese, ella tendría una respuesta nada favorable para mi ego. ¿Has estado solo últimamente? me refiero si has estado con chicas. Es un poco raro, pero mi cama, cuando ve que me acerco con mis propias soledades, como que se arruga, como haciendo muecas de desagrado. Como que ya no le basta sólo dormir. Por eso le sugiero una acompañante para actuar como un sueño que se cumple con la piel. Ella sonrió, sin decir nada y dio un buen trago. Me sentí muy inteligente en ese momento. Por fin le dije algo para impresionarla.

El bar se iba llenando poco a poco, con lo que a mí me desagradan los lugares con mucha gente, le propuse si nos íbamos a otro sitio. "Estoy bien aquí, además parece que habrá música en vivo y tengo curiosidad de escuchar al grupo". Con lo que a mí me desagradan los músicos que se quedan con todas las chicas, le insistí

si nos íbamos de una buena vez. “Podés irte si querés, pero si deseás estar en mi cama esta noche, tenés que esforzarte un poco más”. Cuando me dijo eso, sentí como si me había puesto una cadena para atarme a la silla.

El grupo inició con su presentación. Fatal. Eran tan malos que nadie les prestaba atención, a excepción de mí, irónicamente. “Vaya, vos querías irte y parece que sos el único que está disfrutando la música”. Es que también soy músico, le recordé. “Entonces ve pensando en una canción, así me la dedicás”. Comencé a temblar de los nervios. Es que no he practicado desde hace mucho. Es una lástima, porque si te subes a cantarme una canción, haré todo lo que me pidas esta noche. Al oír eso, me puse a practicar mentalmente, pero no lograba recordar ni una tan sola canción. No es justo le dije. No se trata de justicia, sino de ganas, dijo. Seguía golpeándome. Y por más que me esforcé no me ocurrió nada. Le di un buen trago al ron. Y ella sonrió victoriosa.

Dejamos de hablar por un buen rato. El grupo invitó a uno de los chicos que estaba entre el público a que cantara algunas canciones y él, bastante animado, subió al escenario. Comenzó con su repertorio. Fatal. Ves como este si se animó, y mira su novia está feliz. Bueno, yo también estaría feliz teniendo a este chico a varios metros de distancia –balbuceé-, supongo que ella lo está por eso. No seas tonto. Esa debe ser

su manera para expresarle a la chica su amor, si yo fuera, haríamos el amor cadenciosamente al son que me tocara.

Como se acabó la música y estábamos sintiéndonos ebrios, Carol por fin dijo que nos fuéramos a su hotel. Mi sonrisa sugirió lo entusiasmado que me ponía. Pero no te hagas muchas ilusiones, que a lo mejor será solo para dormir. Lo veremos ya estando ahí. Fuimos hasta el hotel y yo trataba de ir calentando la situación, pero ella estaba convencida que no habría nada esa noche, rechazaba mis intentos por besarla y yo me iba sintiendo frustrado. Llegamos y fuimos directo a su habitación. Para mi sorpresa, fue cerrando la puerta y ella se me abalanzó, quitándonos desesperadamente la ropa. Mi deseo fue aumentando y los nervios, de nuevo, querían jugarme una mala pasada. ¿Qué te pasa? ¿No que me deseabas tanto? Claro, pero verte así me pone idiota. Es que nunca cambias, ahora me tienes cerca de ti y te comportas como un adolescente virgen.

Dejé que ella tomara la iniciativa. Por fin ya estábamos desnudos sobre la cama. Carol gritaba no producto del placer que me imaginaba brindarle, sino gritos de reclamos, como que no lo estaba disfrutando y eso generaba en mí, además de desconcentración, que mi deseo se fuera disminuyendo, como recordándome una vieja llaga, tanto que terminé más pronto que de costumbre, pues me sentía desbaratado por no serle complaciente. Luego que me corrí y que no lograra

excitarme de nuevo, Carol se arrojó a la cama y se cubrió con las sábanas. Tanta mierda para esto –dijo- mejor durmámonos. Estaba tan molesta que no quiso escuchar excusas y ni siquiera dejó que le abrazara.

La noche se desvaneció lentamente y como sólo quería que todo pasara, me dormí tratando de no recordar lo sucedido. Por la mañana, con mucho dolor en mi ego, traté de reivindicarme. “No hagas nada, que no estoy con ánimo de hacerlo con vos. Mejor levantémonos, te invito a desayunar y luego te vas. No fue buena idea venir a verte, no sé en qué estaba pensando cuando accedí”. Diciendo eso, nos vestimos y salimos. Me sentía incapaz de hacer algo que relajara el ambiente.

Sentados a la mesa, como si de dos desconocidos se tratara, desayunamos y Carol se despidió, le ofrecí que yo pagaría la cuenta. El silencio me otorgaba la oportunidad de no demostrar mi estupidez y vi como ella se iba alejando cual combatiente que ha destrozado a su enemigo. En ese instante, la falta de baño me produjo escozor en los testículos, disimuladamente me rasqué tratando de asegurarme que aun estaba completo. El placer que me daba me recordó una canción. Busqué dinero para cancelar. Había traído las llaves del cuarto conmigo. Di un buen trago a mi café y salí.

De nuevo Ella había aparecido y esta vez traía puestas sus gafas de sol.

## Hombre todo

Te abraza y dice que se va. Promete un café diciendo pronto. ¿Desde cuándo pronto se volvió sinónimo de la eternidad? Al final se fue como todas las personas que han pasado por esta caverna. Nunca fuiste bueno poniendo retenes y las ataduras sujetan atorzonadas de hambruna tus demonios bien hechos.

Estás obsesionado con la soledad. Te preocupa más que un desalojo de empalmes. El corazón desahuciado te inyecta dosis de sollozos en los que no te permites ni siquiera abandonar tu estado de sitio. Es peor así.

El aroma del hollín de tu almohada es nauseabundo, no hay una saliva urgente que devuelva el exorcismo placentero de una mujer hecha carne. Te vuelven los escalofríos y pasas las noches en vela pensando qué será de ella que un día por la inercia innecesaria una vez te juró amor eterno.

Mientras el espejo te descifra como un cadáver danzante, rompes la última botella que quedaba y chupas angustioso los cristales de evaporada embriaguez. Adivinas hasta el último rincón de sus marañas determinando que todo ha sido un pasaje itinerante que no terminará más que con tu ausencia.

Y el resto de vos estamos tranquilos. Terminaste siendo víctima de nuestras cicatrices y de esto no tendrás marcha atrás a menos que sea para recoger tus restos.

Hombre sombra. Hombre común, corneto, contacto. Hombre solo, solsticio, sol de medianoche. Hombre todo, totalitario, intolerante. Insano hombre habitante de mediocres tumbas. Tambo de combustible de gas, de cámara. Esta es tu hora. Hombre tiempo. Hombre vulgar.

Todas te abrazan diciendo un hasta luego. Prometen porvenires diciendo ya basta. ¿Cuánto de ti hace falta para entender que sos el victimario de tus insípidos finales?

## Final

Escribo de nuevo una carta, lo que hacía tiempo habría dejado en alguna cueva arrinconada. Y por fin me he animado.

Me vienen a esta hora recuerdos de esos días que compartimos, desde que nos vimos la primera vez aquel quince de septiembre y la sorpresa de cómo entramos rápidamente en confianza, con tus valoraciones, tus interrogantes, tus puntos de vista sobre cosas que yo ni siquiera veía. Hasta nuestras discrepancias. Debo de admitir que desde ese día quedé con ganas de seguir compartiendo con vos.

Luego, las incontables horas donde hablar de un libro nos llevaba al cine, a la historia, hablar de puentes imperceptibles donde se juntaban nuestras inquietudes, con la timidez que nos caracteriza a ambos dejar cosas sueltas siempre para después. Hablar de la poesía encontrada y reencontrada, animarme a escribir y pensar que es la hora de hacer cosas importantes.

Querer que esas horas fueran infinitas y reclamar -a lo que sea- el hecho de que los caminos nos juntan para alejarnos. Que existe siempre le esperanza de encontrarnos en otro tramo de la vida. Pensar que una es egoísta por querer hacer de la vida de la otra persona parte de la suya, como si cada quien no tuviera ya una vida y que una debe aprender a vivir la propia.

Admito que ha sido tanta mi gana de compartir con vos, que temí ahogar tu espacio o que peor aún me lo impidieras. Sabrás que soy una chica que tiene miedo a la contención y quizá por eso tenga que callarme y evadirme como una especie de autoflagelo naturalizado. Ahora me vuelvo fría cuando en verdad lo que emana en mí es la pasión y el afecto que en algún momento tendría que haberte expresado.

Me quedan los motivos de escribir, de sentir el cariño y el deseo de compartir con alguien desde cualquier lugar del planeta, me reafirma esta capacidad no siempre vista de sentir un amor profundo más allá de las normas y los clichés.

A vos te lo debo por ahora. Te lo devuelvo en el próximo encuentro.

Con todo el cariño en sus múltiples formas…

Carol.

## De vuelta a la calle

La carta tenía algo de pronóstico. Era difícil no reaccionar cuando se le ha tenido cerca y mi debilidad ante la ausencia me ha llevado a situaciones que me sorprenden. Me preocupo de mí al extremo de angustiarme. Jamás en mi vida pude superarlo.

Era tan corto el camino de casa a la siguiente cerveza y me sentí merecedor de la última hasta el final del juego. Mientras ese fantasma no dejara de perseguirme y abrumarme lo único que me quedaba era de nuevo la desidia de resolver de buena manera este final que ahora me tiene observando ese viejo cable del que me caí.

Por fin el tipo que solía observarme se me acercó a mitad de la noche. Me reclama sobre una relación de la cual fui totalmente inconsciente. "Te has liado con mi chica". Puede ser. Jamás les pregunté su estado civil. Sonrió irónicamente y me desarmó una botella en la sien. Caí como de una nube mientras trataba de recordar la causa de mi infortunio. Al menos no soy un cabeza dura, la sangre comenzó a fluir bañando mi rostro y apenas un rumor se escuchaba producto del espectáculo.

Traté de incorporarme pero estaba demasiado débil. El dolor me hacía sentir mejor. El tipo siguió dando puntapiés en mis costillas y vi la luz. Después de tantos años por fin en el bar pusieron una luz clara.

Era maravilloso ver todos aquellos rostros excitados por mi dolor. Fui arrastrado hacia afuera y un sonido agudo presagiaba que después de esta noche no sería el mismo.

¿Cuál es su nombre? preguntaba. Quiero saberlo, gritaba con sutil preocupación. Saberlo podría haber sido el alivio para ofuscar mi dolor. Pero el tipo me desarmó hasta acabar con sus fuerzas. El polvo me asfixiaba y apenas miraba todos los rostros que dibuja el pavimento. Esta llaga es menos dolorosa que las otras, al menos esta era verdadera.

Y le vi pasar entre un poste y otro como un ángel en el teleférico. Se reía de mí haciendo ademanes como de bienvenida. El sabor del asfalto es extraño si se mezcla con alcohol. Todo parecía más claro. “Tu est seulement à moi”.

Si después de esta sigo vivo prometo tomarme un buen trago. Mimetizado estaré con la ciudad y dejaré de preocuparme por Ella. Hoy el cielo está despejado, no creo que llueva. Nada lavará mi sangre. Me estarán recordando por varios días en esta calle. Por fin alcancé la fama.

# ÍNDICE



Erick Tomasino. (San Salvador, El Salvador. 17 de agosto de 1982). Escritor. Inició su formación literaria en 1998 con el Taller Literario Agüijuyo de la ciudad de Atiquizaya. Fundador de los ya extintos colectivos artísticos El Séptimo Ego, Universo y ¡DALE! todos en la ciudad de Santa Ana. Ha compartido sus escritos a lo largo de Centroamérica. Ha sido publicado en la revista OtrosLunes (España, #29). Seleccionado en la antología "Poetas del fin del mundo" (Soconusco, Chiapas) y en la Antología de poetas salvadoreños INVISIBLES (Pirata Cartonera, Venezuela, 2014). Fue miembro del equipo editorial de la revista "El Gallo Maíz" y del sitio Antes da Tempestade. Escribe en el blog La Ciudad y Su Sombra. Ha publicado "Reverso del Arcoíris" y "Diálogos con la mujer murciélago".

THC
Editores